

AL AMOR
DE LA LUMBRE

CUENTOS Y TRADICIONES

POR

MARIANO GRANADOS.



SORIA

TIPOGRAFÍA DE PASCUAL P. RIOJA
1902.

BIBLIOTECA PÚBLICA DE SORIA
Sección de Estudios Locales

96843

AL AMOR

DE LA LUMBRE

CUENTOS Y TRADICIONES

MARIANO GRANADOS

ES PROPIEDAD.

B.P. de Soria



61068557

SS 860-3 GRA ala

S
...0-3
GRA
2ls

Prólogo.

Hace algún tiempo que venía pensando en publicar esta segunda parte de mi libro «Al amor de la lumbre», tanto por corresponder al favor que el público me dispensó, agotando la primera edición de aquella obra, como por recojer en un solo volumen algunos de los artículos que con mi firma andan por ahí desperdigados en periódicos y revistas.

Al llevar hoy á la práctica aquel propósito, no me hubiera sido difícil, siguiendo la costumbre establecida, encontrar algún amigo cariñoso que hubiera hecho el prólogo de mi libro; pero aun teniendo seguridad de que la obra ganaría, por malo que fuera el colaborador, me he decidido á echarla á la calle por mi propia cuenta, porque me parece un poco ridículo y un mucho pedantesco el procedimiento acostumbrado de los prólogos de encargo.

Suelen reducirse éstos, por regla general, á una exposición de méritos del autor y á un encomio

exagerado de la obra, y como al lector, en último término, le importa un ardite cuanto del autor le digan, y el mérito de la obra lo ha de apreciar por sí mismo, si se decide á leerla, queda solo reducido el prólogo, á una inocente satisfacción de amor propio del escritor ensalzado por su mismo encargo.

Además mi libro tiene pocas pretensiones, mejor dicho, no tiene pretensiones de ningún género; ni viene á llenar «ese vacío» que siempre existe en la literatura; ni á descubrir nada nuevo, ni á resolver ningún problema social ni científico. Se reducen sus aspiraciones á entretener un poco al lector, con cuadros cuyo fondo suelen ser casi siempre, los verdes pinos de nuestras montañas ó las humildes casucas de nuestras aldeas, pues costumbres de esta querida tierra, reflejan en su mayor parte los cuentos y artículos de que la obra se compone.

Bien quisiera yo, que los cuadros, tomados del natural en su mayoría, reflejasen fielmente las costumbres de nuestro pais y que estos ensayos míos, animasen á escritores de más arrebatos á escribir la novela de Soria, como ha escrito Pereda la de la Montaña, Clarín la de Asturias, Blasco Ibañez la de Valencia y la de Galicia la Pardo Bazán.

Bellezas hay en aquellas elevadas montañas del

Norte, con sus altos picachos cubiertos de nieve que parecen perderse en las nubes, en las frescas praderas gallegas cuyo verde esmeralda se ve de vez en cuando interrumpido por la arjentada cinta de murmuradores arroyuelos; en los jardines valencianos embalsamados por el aroma del azahar, esmaltados de flores é iluminados por el ardiente sol del mediodía, pero no faltan tampoco en aquellos pueblecitos de nuestra provincia cuyas casitas blancas sombrean los elevados pinos de nuestras montañas y retrata el Duero en su plácida corriente, reflejo de la tranquilidad que en aquellos hogares se disfruta.

Encuanto á motivos para la novela no faltan, pues allí donde hay hombres, hay pasiones que se agitan, amores que nacen, celos que estallan, ambiciones que nunca se satisfacen, envidias que esperan en la sombra á herir con su dardo emponzoñado, y grandezas y heroismos y vicios y virtudes.

Pero observo que metido en estas disquisiciones voy dando al prólogo más extensión del que la obra merece y del que me había propuesto que tuviera.

Conste que mi libro no es la novela de Soria, es una colección modestísima de cuentos sorianos; no ha de encontrar el lector al recorrer sus páginas, mé-

ritos literarios, pensamientos hondos, filigranas de forma, pero confío en que en todas ellas verá depositado un poco del cariño que profeso á esta tierra, por la que siento el dulce afecto de hijo amantísimo á la que me ligan tantos y tan estrechos lazos y á la que por propia satisfacción de mi espíritu, dedico este mi modesto trabajo.

MARIANO GRANADOS.



PULVIS ES

Medio tendida en la meridiana de peluche celeste; arrebujaada entre las pieles de su abrigo, con los piecitos sobre los troncos de la chimenea que con su continuo chisporroteo quemaban los zapatos de raso negro, con los ojos medio velados por las finísimas y largas pestañas negras, Clara descansaba de las fatigas de la noche.

Allí en un rincón del cuarto, se veía el capuchón de raso blanco que todavía conservaba en sus pliegues las formas del torneado cuerpo y encima de la mesilla de laca, testigo de tantos almuerzos íntimos, estaba la negra careta despidiendo el perfume que adquiriera al cubrir el lindísimo rostro de Clara.

Y Clara continuaba medio adormecida en aquella tibia atmósfera, aromatizada por el perfume de los nardos que en hermosos vasos de bohemia presos lloraban su libertad perdida, en oleadas de fragancia.

Los estridentes chillidos de las máscaras, las frases atrevidas de los hombres, el titilar de las luces, el

picorcillo dulce del champagne, todo daba vueltas en la cabeza de Clara, confundido con la impresión de la glacial temperatura de la calle y con el gemido de aquella pobre mendiga que pedía limosna, medio cubierta por sus andrajos, á la puerta del teatro.

Y quizá era aquella mendiga la causa del malestar de Clara; el sonido de aquella voz implorante y desfallecida chillaba en las sonrosadas orejillas de Clara cuando despidió de mala manera á la puerta de su casa á aquel conde idiota y calavera que se arruinaba por el placer de que sus amigotes del club supieran que tenía la querida más encantadora de Madrid.

.....

.....

Y Clara seguía tiritando de frío, arrebujaada en su abrigo de pieles y con los pies encima de los troncos de la chimenea, y cerraba los ojos convulsivamente para no ver las formas gigantescas y extrañas que tomaban sus coquetos muebles, medio iluminados por la llama que ardía chisporroteando.

El fenómeno era rarísimo en ella; se empeñaba en dormir y el sueño huía de sus ojos.

¡Diantre de mendiga! Cuantos recuerdos había despertado en el alma de Clara aquel maldito encuentro.

Ella también había llevado harapos; un desgarrado juboncillo y los restos de un refajo de paño pardo, eran los adornos de Clara cuando correteaba por la plaza de su poblacho, entre una turba de muchachos, frescotones, desgarrapillados y sucioes. Ella se veía en aquella plazoleta, meroteando por los mal cerrados huertos, trepando á los escasos árboles frutales ó á los elevados pinos, para bajar cargada de frutas ó de pajaruelos.

En aquella vigilia con tintes de sueño, recordaba con fruición sus correrías de mozueta, recordaba aquella oscura y pobre aldea donde nació, hasta, rarezas de mujer—el mal guisado pucherete de guijas que le servía de cena y de comida en la choza, donde vivía con sus padres.

Y Clara, llevada sin duda de un extravío de su cerebro trastornado todavía por el champagne, las luces y los chillidos del baile de máscaras, maldecía el momento en el que abandonó su casa; no acertaba á explicarse porqué le había inspirado tanta repulsión tanto odio, aquella miseria en la que vivieron sus padres.

* *

Después de todo ella no tenía la culpa de lo que le pasaba.

La culpa la tuvo aquella maldita enfermedad que mató á sus padres, enfermedad compuesta, en su mayor parte, de poca alimentación y mucho frío.

Y como se acordaba Clara, apesar del tiempo trascurrido, de aquellas tristes escenas; no se le olvidaba la noche que pasó encerrada en una habitación de su casuca, viendo, por las rendijas de la mal cerrada puerta, el chisporroteo de las tres ó cuatro lamparillas que en un plato con agua y aceite pusieron unas vecinas caritativas para alumbrar el cadáver de su padre.

No se olvidaba de aquella cara amarillenta, de aquellos ojos medio cerrados, de aquella boca contraída en una última convulsión de la agonía; de su padre tendido largo, largo en medio del portal sobre una manta de la cama de matrimonio.

Al recuerdo de aquella noche, Clara tiritaba de miedo y apretaba más aún sus ojos y se arrebuja más y más entre las pieles de su salida de baile, buscando con desesperación el sueño que cada vez estaba más rehacio en acudir á ella.

*
*
*

Clara llegó á Madrid niña todavía. Tenía un palmito delicioso, un cuerpo de Venus y un amor inmenso al «dolce far niente.» Sucedió, lo que tenía

que suceder. Clara dió el primer tropiezo y dejando en cada caída un girón de su pudor, llegó á ser la «mujer de moda» de ese inmundo mercado en el que se cotizan los vicios.

Tuvo caprichos, extravagancias, locuras; y cada extravagancia ó cada capricho costaba miles de reales, dinero bastante para sacar de su miseria á muchos de los pobres labriegos entre los que Clara correteaba cuando niña.

Parecía que el corazón de Clara no sentía más pasión que la del lujo y el derroche, habiéndose atrofiado en ella todos los sentimientos, y arrojaba cínicamente de su casa á sus amantes, después de haberles devorado su fortuna.

Por eso le extrañaba aquella revolución que en ella habían producido las impresiones de la noche, aquella vergüenza que sentía de sí misma, aquella aversión, asco casi, casi, que le producía cuanto le rodeaba.

* * *

En tanto comenzaba á despuntar el día; se oían á lo lejos los mil rumores que anuncian el despertar de la gran ciudad, pronta á agitarse en las convulsiones del día que empieza.

Por el balcón mal cerrado, entraba una ráfaga

tenúe de luz que jugaba caprichosamente con los pliegues de los cortinones y que daba á los objetos un tinte blanquecino que en algunas partes se confundía con el resplandor rojizo de los troncos que ardían en la chimenea.

La lucha que se agitaba en el alma de Clara, parecía que tenía un remedio en la que traían el rayo de luz blanca del nuevo día, con las llamas de la chimenea.

De pronto, dominando el vocear de los vendedores de café y el ruido de los carretones de la limpieza, hirió los aires el alegre tañido de una campana que llamaba á los fieles con su lengua de bronce.

Clara se levantó de la meridiana, arrojó lejos de sí su abrigo de pieles.... Ni sus adoradores, ni sus amigas lo hubieran creído; ella, la alegre Clara, la locuela que con sus carcajadas alegraba todas las fiestas.... estaba llorando.

Después, se vistió con su traje más humilde, echó sobre sus hombros un mantón, envolvió su cabeza en un pañuelo de seda y con el paso firme y la cabeza alta, brillando todavía dos lágrimas en sus hermosos ojos, salió de su casa.

La iglesia estaba todavía medio á oscuras; unas cuantas mujeres arrebujaadas en sus mantones estaban esparcidas por las naves; las sillas vacías, mudo el órgano, no había en el templo más señal de vida que el mormojeo del cura al mascullar el latín de las oraciones ó la tosecilla seca de alguna vieja madrugadora.

Cuando, terminada la misa, el cura se adelantó hacia la barandilla del presbiterio, vestida de gala con un paño blanco, llevando entre los dedos la ceniza con la que había de señalar á los creyentes, sonaron sobre las losas y repercutieron en las bóvedas unas pisadas menudas pero firmes, pisadas de mujer, y de mujer joven.

—«Memento homo»—repetía el sacerdote—
«memento homo quia pulvis es...»

Un ruido seco cortó la voz del oficiante; el cuerpo de una mujer rodó las escalerillas del altar mayor, yendo á dar en las losas que revestían el suelo de la iglesia.

Algunas almas caritativas acudieron en socorro de la desmayada, pero sus cuidados fueron en vano; ni las fricciones con el vino de las vinageras, ni las rociadas con el agua casi helada, de la fuente de la

bar los corporales, hicieron volver en sí á la pobre mujer.

La llevaron á la sacristía y desde allí á la casa de socorro. Bueno era que la viera el médico, no se les fuera á quedar la infeliz entre las manos.

* *
.....
.....

Cuando Clara salió del hospital, estaba muy desmejorada. Habían perdido sus mejillas el tinte rosado que tan adorables las hacía, habían adquirido sus miradas una languidez, una tristeza, que formaban contraste con la coquetería y la alegría que antes tuvieran.

Pero á fé que todo lo que perdió el cuerpo, fué con notable ganancia del alma.

El montón de barro de que hablaba el sacerdote, había recordado, con una noche de insomnio y algunos días de sufrimiento, que en él había infundido Dios su soplo divino al darle un alma.

El médico, aseguraba que aún estaba enferma. ¡Pobre Doctor, en el hospital habían curado completamente á Clara!



Historias tristes.

—SACRIFICIO—

El cierzo, compañero inseparable del invierno, que seca la tierra y mata los hombres, se colaba por las rendijas de la viejísima puerta de la casuca y, dejando su aliento helado en todos los rincones de la habitación, se enredaba con la llama del humoso montón de teas que ardía en el hogar, levantándola hasta el techo unas veces, aplastándola contra el suelo otras, volviéndola á derecha é izquierda con rapidez vertiginosa y ondulaciones de bandera revoloteada por mocetón robusto.

En un rincón del cuarto, sentado en un poyato de piedra, los codos en las rodillas y los crispados dedos entre los ásperos cabellos grises, estaba el buen Pedro, tan callado como si la piedra del poyato y su propio cuerpo fueran una misma cosa.

Allá, un poco más lejos de la puerta, se veía un camastro, cuatro tablas desvencijadas sobre unos «banquillos» de madera; encima del camastro un jergón de bálago y entre el jergón y un cobertor viejísimo y remendado, un cuerpo de mujer muy flaco, sacudido de vez en cuando por el tiritar de la fiebre, que le hacía castañetear los dientes y sujetar con nerviosas crispaduras el escaso abrigo que lo cubría,

La anemia y los disgustos, el descuido físico y el malestar moral, habían traído á la pobre mujer á aquel extremo, y ya casi, casi, ansiaba que llegase de una vez la muerte que se cernía sobre su cabeza, antes de que le arrancaran su único resto de felicidad, el hijo de su alma, pedazo de sus entrañas que, por desgracia suya, había de ir dando tumbos por esos mares, á defender una cosa que maldito si ella sabía lo que significaba, pero que había oído llamar «integridad nacional» al maestro del pueblo; y este era el torcedor del tío Pedro, de su marido, que veía que no solo le arrebatava la patria á su hijo, sino que le condenava á la soledad más triste, cortando á la vez la poca vida que á su mujer le quedava.

La cosa no tenía remedio. La patria reclamava á sus hijos y era preciso acudir á su defensa. Por supuesto que, como pensava el pobre hombre, solo re-

clamaba á aquellos que trabajaban día y noche para sus padres, sin poder sacar otra cosa que el cotidiano puchero; que aquellos otros que tenían casas y tierras y yuntas y renteros, maldito si los necesitaba en aflojando unos cuantos miles que el tío Pedro no había visto juntos en su vida.

Lo reclamaba una madre, según decía el Alcalde, como si no lo pidiera también con ansias de muerte, aquella otra madre que tiritaba de fiebre arrebujaada entre los pingos del camastro.

Y el tío Pedro se volvía loco discurriendo el medio de evitar la cosa. Proporcionar los seis mil reales eso no era posible. El no tenía nada, nada más que la casuca, el camastro y el poyato de piedra que hasta el recaudador de la contribución había despreciado en su última visita. ¿Pedirlos? imposible; quién le iba á prestar una peseta si no podía dar más garantía que su honradez y sus dos brazos con muchas ganas de trabajar? En resumen, que era fuerza resignarse á que el chico, aquel chico tan sanote y tan rubio como unas candelas, se marchase allá lejos á perder la salud á chorros bajo el sol abrasador de aquella tierra de negros, y á encontrar la muerte oscura del soldado en una emboscada de mambises.

¿Y podía esto consentirlo? ¿Podía consentir que su

pobre mujer, aquella mujer tan buena, que tanto le había consolado en sus pesares é infortunios lanzara el último suspiro con el último adios que diera á su hijo, reclamado por aquella otra madre que lo quería para llevarlo á morir entre fiebres y emboscadas?

No, no, preciso era evitarlo á toda costa; y por el cerebro del tío Pedro se revolvía una idea capaz de salvar al hijo y á la madre, idea que iba tomando cuerpo por momentos desde que al preguntar al Secretario del Concejo como podría salvar al muchacho, aquel le contestó con su rudeza de campesino. — De ningún modo; si usted se hubiera muerto el chico se salvaba por hijo de viuda.

Y después de todo ¿qué iba él á perder? ¡Para la vida de perros que estaba llevando! Siempre al yunque, siempre sudando para lograr una mísera peseta para mal comer. ¡Cuanto más valía quitarse de enmedio y que el muchacho solo trabajase para la casa.

Así como así, él no iba ya valiendo para maldita de Dios la cosa, y, si le llevaban el hijo y se le moría la mujer, estaba dispuesto á echarse en un rincón y dejarse morir, mirando hacia el sitio en que le habían dicho que caía Cuba.


Además, quien iba á sacrificarse por su hijo más

que él, su padre, su padre que lo adoraba y que daría la última gota de sangre por que al muchacho no le tocasen á un solo cabello? Pues lo que se tenía que hacer, cuanto antes. Se levantó el tío Pedro con la mirada chispeante, la frente desarrugada; se acercó de puntillas al camastro en el que la mujer yacía medio adormilada por la fiebre, rozó la frente de la enferma con sus gruesos labios entreabiertos por una sonrisa de bondad inefable, y abrió la puerta. Después, sin volver la cabeza, deprisa, muy deprisa, llegó á la entrada del monte, desató la correa con que sujetaba los agujereados zahones, la ató á un árbol bastante alto, hizo un lazo con la hebilla, metió dentro la cabeza apoyado en una rama, y haciendo la señal de la Cruz se lanzó al espacio.

Quando las paredes de la tráquea se juntaban bajo la opresión de la correa, salió de aquella garganta por la que á duras penas pasaba el aire, un grito ronco pero en el que vibraban todas las alegrías del alma.

—¡Lo salvé!





Historias tristes.

—EL PRIMER VUELO—

Entre el ruido de los cascabeles, los chasquidos del látigo y las voces del mayoral, arrancó la diligencia de la plaza del pueblo. Rafael, con el brazo fuera de la ventanilla y los ojos arrasados en lágrimas, mandaba un último adiós á los amigos reunidos en la plazuela que, al partir el coche, agitaban sus pañuelos en señal de despedida.

Cuando el pesado armatoste, dando tumbos, rodaba sobre los adoquines de una de las calles del pueblo, asomaron debajo de una cortina de lona, una linda cabecita rubia, una frente balnquisima, unos ojos azules y dulces, nublados por un torrente de lágrimas y una manita blanca, fina, delicada como la de una muñeca de biscuit, que también agitaba un pañuelo de batista, mandando un adiós al viajero.

Después una nube de polvo que levantaba la diligencia al rodar por la carretera, hizo perder de vista el viejo caserío de la ciudad; aún, en una revuel-

ta del camino, se vieron el remate de una torre y unas paredes blancas coronando un cerro; cuando esto hubo desaparecido entre el polvo del camino y el polvillo de oro suspendido en los rayos un tanto páldos de un sol de otoño, el pueblo se había perdido por completo de vista.

Rafael se acurrucó en un rincón de la rotonda y cerró los ojos. Tantas ideas bullían en su cerebro, que apenas sabía el pobre muchacho á qué atenerse.

Por un lado su madre, queriéndosele comer á besos, arreglando hasta los más pequeños detalles de su maleta de estudiante y dejando, así como por olvido, una moneda de oro en uno de los bolsillos de su chaleco; su padre, agobiándole á recomendaciones para que se preservase del frío para que no perdiera el dinero, para que asistiera á clase y fuera formal, obediente y aplicado; después aparecía allá, en un rinconcito de su alma, una figurilla lindísima con finos y blanquísimos dientes, cabellos dorados y ojos azules, una figura en un todo parecida á la que agitaba un pañuelo detrás de la cortina de lona, al pasar la diligencia por una de las calles del pueblo.

Después iban estas visiones disipándose, y ocupando su puesto aparecía algo muy grande, muy hermoso, algo con lo que había soñado durante mu-

chó tiempo y que iba á convertirse en realidad á las pocas horas de rodar empaquetado en una diligencia.

¡Madrid! ¡Aquel Madrid del que contaban tantas y tan alegres cosas los calaverillas del pueblo! ¡Aquel Madrid de los grandes teatros, de las hermosas mujeres, de los embriagadores placeres! se imaginaba Rafael, allá en su cabeza provinciana, á la villa y corte como un cuadro de encantadoras hadas, que alargaban sus mórbidos brazos brindando caricias voluptuosas.

Arrullado por esos pensamientos de delicias futuras, fué nuestro héroe recostando la soñadora cabeza contra el cristal de la ventanilla y, mecido por el traqueteo del carruaje, se quedó profundamente dormido.

Hacía ya algunos meses que Rafael campaba por sus respetos. En verdad que cuando llegó á la corte no se encontró con las bellezas que soñaba, pero á poco de escudriñar, acompañado de sus compañeros, se había encontrado cosas tan sabrosas y nada despreciables, que ya hubiera hecho escritura el muchacho de no volver á su pueblo, ni aún en vacaciones.

Para él no había en Madrid más que un edificio horrible, uno que se alzaba casi al fin de la calle Ancha y en el que se empeñaban en hacer tragar al pobre chico la Instituta de Justiniano.

Algunas veces un sobre, escrito con unas letras menuditas como patitas de mosca, le hacía recordar la linda cabecita rubia de aquella lugareña; pero la visión huía rápidamente, como avergonzada de haberse atrevido á asomar un momento despertando antiguos recuerdos. ¡Pues qué no había en Madrid lindas mujeres para acordarse de las cursilonas de su pueblo! Y corría otra vez de placer en placer, sin importarle un ardite de la cara compungida que ponía su apoderado cada vez que el se presentaba á pedirle dinero. Y que no era poca necesidad la de «aquel tío» que regateaba y se condolía cuando se trataba del dinero de los demás, como si se tratara del suyo propio.

* * *

El carnaval se acercaba.

La pandilla de «jóvenes alegres,» de que Rafael formaba parte, proyectó una «juerga monstruo» para aquellos días; una orgía que comenzase el sábado por la noche, para terminar el miércoles bien entrado el día.

Rafael se afanó buscando dinero. Pidió, rogó, empeñó, hizo cosas de las que se hubiera avergonzado meses antes al oírlas decir en el rincón de su provincia, y salió el sábado de su casa, decidido á no volver á ella en cuatro días y á emborracharse de manzanilla y de champagne, tanto como de caricias compradas á mujeres sin pudor.

*
* *

Al volver á su casa el miércoles con los bolsillos exhaustos, el cuerpo encorvado y un círculo amorado alrededor de sus ojos; revelando la crápula en su traje y en su cuerpo, la patrona le largó tres ó cuatro telegramas recibidos durante su ausencia.

Un estremecimiento de terror recorrió todo su cuerpo, pues le asaltó entonces el recuerdo de la última carta de su padre, en la que le hablaba de la salud, un tanto quebrantada de su madre.

Rompió el sobre del primer telegrama y devoró ansioso las pocas palabras que contenía. Un grito desgarrador se escapó de sus lábios, un sollozo profundo levantó su pecho y lágrimas abrasadoras corrieron por sus mejillas, descoloridas por el vicio.

Su madre, aquella santa mujer que cubría su semblante de ardientes y dulcísimos besos, la que cuida-

ra de su infancia, la que le alentara en sus contratiempos de muchacho, la mujer más buena del mundo, había muerto.

Y había muerto precisamente, cuando el hijo de sus entrañas, aquel pedazo queridísimo de sí misma, caía envuelto en oleadas de fango en brazos de una cortesana, á los acordes de un schotis flamenco.

* * *

Al día siguiente, Rafael, con las tacciones contraidas y el corazón desgarrado, sollozaba acurrucado en un rincón de la diligencia que le conducía á su pueblo.

Al llegar el coche á las calles de la vieja ciudad tuvo que detener su marcha para dejar pasar un fúnebre cortejo. A las voces de los sacerdotes, que canturriaban los responsos, contestó un grito que salía del fondo del carruaje. Rafael llegaba á presenciar el entierro de su madre.

* * *

Nuestro protagonista no ha vuelto á salir de su pueblo, allí vive tranquilo, cuidando los achaques de su anciano padre y mirándose en los ojos de su mujercita.

Porque Rafael, después de cicatrizada la herida que abriera en su alma la muerte de su madre, buscó una compensación de cariño y se casó con la linda muchacha de los cabellos rubios.

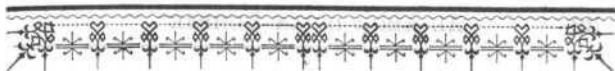
En una palabra; Rafael es más dichoso que otros muchachos que andan por el mundo, porque se rompió las alas al dar el primer vuelo.



...the ...
 ...the ...
 ...the ...

...the ...
 ...the ...
 ...the ...

...the ...
 ...the ...
 ...the ...



Pericón

(TRADICIÓN SORIANA)



A mi amigo Enrique Ramírez.

La verdad es que Pericón se ahogaba de corage. Aquella salida de su casa, era para él, como una sangría necesaria á un pletórico.

Porque Pericón tenía verdadera plétora de ódio á los franceses.

Aquellas conversaciones con el cura del lugar, bajo la campana inmensa de la cocina de su casa, aquellos relatos de tropelias y de crímenes, aquellas victorias heroicas obtenidas por un puñado de desarrapados sobre un ejército de veteranos, habían sido buena semilla, pero vaya, que no habían caído en tierra estéril.

Y si no, allí estaba él capaz de matar á un buey de un puñetazo y mandar á *resucitar á París* á medio batallón de granaderos.

La verdad es que tenía en casa á su mujercita y dos chiquillos tan rubios y tan hermosos como los

angelotes del retablo de la Iglesia; verdad era también que si él faltaba, faltarían los tajones de leña y andarían mal las cosechas, y conseguir el pan de aquellos infelices sería un problema.

Pero ¿quién demonios se acordaba de todo esto teniendo un mal caballo en la cuadra y un espadón colgado á la cabecera de la cama? ¿quién pensaba en aquella mujercita fresca y colorada, ni en aquellos muchachos de guedejas rubias, si no quedaba tiempo mas que para contar las fechorías de los *gabachos*?

Por eso Pericón había madrugado tanto aquel día, y callandito, callandito, mientras todos dormían en el pueblo, había ensillado el caballo, se había colgado á la cintura el espadón y con más ánimo que el Cid y más afán de aventuras que don Quijote, había cruzado al galope el antiquísimo puente y había emprendido el camino de Soria.

Después de todo, el hombre tenía formado un plan y como el plan resultara, ya no habría más ciudades saqueadas, ni más campos asolados, ni más franceses, ni más guerra.

El, derecho á Soria y con su espadón y sus puños, y la ayuda de Dios y la justicia de su causa á desafiar á Napoleón. ¡Que no estaba en Soria? Pues

no había de faltar un general ó un coronel ó alguno que le trasladara el desafío. Y luego que se presentara, que allí había un hombre para atreverse con él. ¿No era Napoleón la causa de aquellos trastornos? Pues lo que Pericón decía: muerto el perro se acabó la rabia.

*
**

Cubiertos de sudor y polvo jinete y caballo, traspusieron la loma que ocultaba la ciudad á su vista; detúvose el animal en el alto para dar algún descanso á sus mal parados huesos y estendió el jinete su mirada, desde el cerro que ocupaba el castillo, fiel guardador de la ciudad, hasta la hondonada en la que sobresalía el tono oscuro del vetusto palacio de Castejón; allá á la izquierda el torreón y las almenas del palacio del conde de Gómara y á su espalda la torre de la iglesia en la que infructuosamente se han buscado los restos del inmortal autor de *Don Gil de las Calzas Verdes*.

No era el protagonista de esta verídica historia muy ducho en las letras ni muy versado en las artes, así es que el único efecto que hizo en su ánimo la vista de la Ciudad, fué el de acrecentar su odio al extranjero al pensar que castillo y palacios, casas

y murallas, eran de su dominio y que sus habitantes oraban bajo la opresión nada suave de los soldados del invasor.

¡Perros, herejes, pillos y ladrones! decía el hombre apretando convulsivamente el puño del mohoso espadón. ¡Permita Dios que acaben con vosotros, que se os lleven los demonios sin que quede un francés para contarlos!

Ya podían hablar en aquel momento á Pericón de su mujer y de sus hijos, de las apacibles veladas del hogar cuando él, rodeado de su familia, descansaba de las fatigas del día sentado en un banco de pino en su ennegrecida cocina, calentándose al amor del montón de tamaras que servía de velón y de estufa; que ni mujer, ni hijos, ni dulces afecciones, ni hermosos recuerdos, habían de desarmar su brazo, ni de hacerle cejar en su empresa de odio eterno á los franceses.

Y así fué que espoleó su cuártago, el que sacó fuerzas de flaqueza y tomó un trotecillo de andadura, y más y más animoso volvió á emprender el camino de la Ciudad.

* * *

Ya iba nuestro héroe á llegar al final de su jornada.

da, ya llegaba á las puertas de la Ciudad, cuando salió por ellas vistoso escuadrón de coraceros imperiales.

Los reflejos de las corazas y los cascos cegaron al principio al buen Pericón, pero apenas rehecho de la impresión primera, dirigióse al encuentro de la gente francesa todo lo de prisa que permitían los enflaquecidos remos de su corcel.

Sorprendióse la tropa á la vista de su extraño enemigo, que sin parar en ello mientes, adelantóse á exponer su plan erguida la cabeza, adelantado el robusto pecho y blandiendo en la diestra mano la vieja tizona.

Encaróse con el primer coracero que halló á mano y espetóle un discurso salpimentado de insultos á los *gabachos* y á su jefe, al que terminó retando á sin igual batalla, ni más ni menos que un Orlando ó un Amadis.

Tomáronlo á chacota los coraceros, hasta que irritado Pericón, comenzó á repartir á diestro y siniestro sendos golpes sobre los franceses que al fin hubieron de defenderse y apoderarse del héroe soriano

.....
.....

Poco rato después los coraceros franceses penetraban en la Ciudad llevando á su cabeza á guisa de jefe del destacamento, y convenientemente asegurado sobre su rocín, al bravo Pericón, que con la mirada centelleante y la frente erguida más parecía un vencedor que un prisionero.



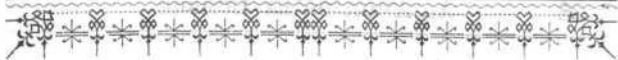
Al día siguiente, un cuerpo se balanceaba pendiente de la picota del campo de Santa Bárbara.

El pobre Pericón, había pagado su heroicidad en la horca.

Poco tiempo después, una mujer joven y hermosa y dos chiquillos rubios y sonrosados como los angelotes del retablo de una iglesia, lloraban silenciosamente junto al hogar sin fuego de una casuca del pinar.

Era la familia del heroe.





Juanilla.

Historia vulgar.

Acurrucado en la ribera del riachuelo que fertiliza sus cuatro huertas, con sus casitas blancas y sus cerradas de madera extraída del vecino pinar, era encantador el aspecto del pueblecillo.

Allá, en medio del campo, se veía la casa del *americano* enriquecido que venía á descansar de sus *días de trabajo* entre los árboles, por los que se encaramaba cuando niño. Hasta los chillones colores de las sayas de las aldeanas y las blancas capas de ellos, hacían más pintoresco el lugarejo.

En una de las casas más próximas al pinar vivía el tío Pedro, el leñador más pobre, pero el más honrado de los de la comarca. ¡Con cuanto ardor había trabajado el hombre toda su vida por dar de comer á su pobre mujer y á su Juanita! ¡Cuántos atanes le habían costado y con cuanto cariño las miraba cuan-

do se reunían por la noche á comer el puchero de patatas, bajo la inmensa campana de su cocina! Juana era la única hija del tío Pedro, y en verdad que podía estar orgulloso con su *muchacha*, como él la llamaba. Pinariega más hermosa, no había nacido de madre.

Blanca, con unos ojazos muy negros y muy brillantes, y un pelo más negro y más brillante todavía; con los hombros y los brazos como salidos de casa de un tornero; era la chica más bonita de aquellos alrededores.

Sin embargo las gentes encontraban en ella un defecto. Juana, según la frase de aquellos buenos pinariegos, era muy *fantasiosa*.

Y era verdad; la muchacha, engreída tal vez de su hermosura, desdeñaba á cuantos mozos se acercaban á cortejarla. Sentía dentro de sí algo que al mismo tiempo que la hacía creerse superior á todos aquellos ganapanes, con tantos callos en las manos como en el cerebro, la obligaba á renegar de sus vestidos de estameña y de sus pañuelos de percal y de las pobrísimas paredes de su casucha.

Por eso cuando el americano, en uno de sus viajes á Madrid, quiso tomarla á su servicio, la muchacha se volvía medio loca de contenta. Entonces co-

menzaron las discusiones en casa del tío Pedro. Jamás un asunto habrá sido defendido con más calor que como defendió Juana el de su viaje. Claro, allí encerrada en Villa Nevada, iba á saber ella lo que era mundo y á encontrar un marido que fuera digno de ella. Si no se iba con el americano, no podría nunca ganar dos pesetas y el porvenir que le esperaba era, salir de la pobreza para entrar en la miseria. Nada, nada, que sus padres debían consentir y dejar que se marchase para verla volver luego hecha una *señorona*, con mucho dinero en el bolsillo para evitar que su padre se descrismase trabajando todo el día en el pinar. No bastaron observaciones, ni ruegos, ni nada, y tanta maña se dió la chica, que al fin sus padres consintieron casi, casi convencidos de que el tal viaje era el medio de conseguir la felicidad de Juana.

Llegó, por fin, el día fijado para la marcha, lió Juanilla en un pañuelo sus cuatro trapos, y, después de abrazar á sus amigas, se despidió de sus padres, que se la querían comer á besos, subió en el coche con el americano y su mujer, y pronto perdió de vista las casitas blancas y las cerradas de madera y el pinar vecino y hasta la torre de la iglesia, en cuyo tejado tenía su nido la cigüeña que parecía también

mandarles un adiós con el alegre castañeteo de su pico.

* * *

El hogar del pobre leñador quedó helado con la marcha de su hija. Ya no se oían en la casa las canciones que entonaba la fresca voz de Juana, ni se escuchaban las alegres carcajadas; y cuando el pobre Pedro regresaba al anochecer con la camisa empapada de sudor y el cuerpo rendido de derribar pinos, apenas si tenía una palabra que cruzar con su pobre mujer que, acurrucada junto al fuego, revolvió, sollozando, las patatas que se cocían en el puchero.

La primera carta de Juana fué la única alegría de los primeros días de separación. Con qué fruición, con qué cariño fué leída mejor dicho, fué saboreada, palabra por palabra, la carta de la hija por aquellos pobres padres. ¡Cuánto bendijo Pedro, mientras se secaba los ojos con la manga de la camisa, los días pasados en la escuela aprendiendo á descifrar aquéllos garabatos! Después de la carta los comentarios. Juana estaba buena, se acordaba mucho de sus padres y del pueblo y de sus amigas; pero Madrid ¡qué hermoso era! ¡Cuántas cosas y cuánto lu-

jo! No podían ellos figurarse lo bien que se iba á portar Juana y la fortuna que iba á hacer en aquella tierra.

*
*
*

Así fueron pasando los días y los meses sin más consuelo para Pedro y María que la lectura de las cartas de su hija, que con no mucha frecuencia sucedieron á la primera.

En todas ellas decía Juana que no dejaba de recordarlos, aunque ya nada decía del pueblo ni de sus amigas. En cambio ¡qué cosas les contaba de Madrid! Si hubiera visto aquello, á buena hora se hubieran pasado la vida matándose á trabajar entre los zafios de Villanueva.

Pedro seguía alegrándose siempre al recibir estas cartas, pero de la lectura de las últimas, no le quedaba tan buen recuerdo como de las primeras. No se lo sabía explicar, pero, en el fondo de su alma, sentía, algo que le decía á voces que su hija se apartaba de él más cada vez.

Luego las cartas se fueron haciendo más raras. Pasaron meses sin que llegase ninguna.

Al principio se lo achacó al correo, después se creyó que Juana estaba enferma; ¡qué días de angus-

tia, que días de espera interminables! El marido y la mujer se miraban sin atreverse á pronunciar una palabra. Ya no podía el tío Pedro derribar pinos; ya no podía hacer más que esperar el correo y pensar en su desgracia, consumido por la fiebre. ¿Acaso habría muerto Juana:

* * *

Por fin un día Pedro se decidió á escribir á los Señores, así llamaban á los amos de Juana.

El mismo fué á depositar la carta en el buzón de la próxima estafeta, y cuando volvió á su casa, parecía más aliviado de su pena. Por fin saldría de dudas. Sabría lo que le había sucedido á su *muchacha en ese Madrid tan malo*, como el decía.

A los pocos días el peatón se presentó en la puerta de la casucha con una carta en la mano. Pedro se abalanzó á cogerla: pero al tener en sus manos la clave del enigma, sintió una emoción vivísima. El que era capaz de levantar veinte arrobas, se vió agobiado bajo el peso de aquel papel.

Por fin pudo dominar su emoción, llamó á su mujer y juntos, con la respiración comprimida, con los ojos saltando de las órbitas, abrieron el sobre.

La carta era corta, pero contundente; «Buena

maula nos trajimos, Pedro; decía el americano. Desprecia á tu hija porque no merece que te acuerdes de ella. Se ha hecho una perdida.» El antiguo comerciante creía que se daba lo mismo la noticia de la degradación de una hija, que la de haberse podrido una remesa de cacao.

Pero sintió una opresión enorme en el pecho, una fatiga espantosa, un dolor intensísimo. Era la vergüenza que le ahogaba y que al fin salió por su boca en un violento vómito de sangre.

.....

¡Vaya una *juerga* que se había armado precisamente aquel día! Punteos de guitarra, canciones desentoadas, ríos de manzanilla....

Y cuando algún bebedor andaba rehacio, allí estaba Juanilla, la *pérdis* más barbiana de Madrid, para refrescarle el vino mientras él le gritaba con la voz enronquecida, sin que nadie le llamara blasfemo:

¡Olé mi chiquilla! Tiene la gracia de Dios.





Dos palabras



Juan era un buen mozo en toda la extensión de la palabra; en su rostro tostado por el sol y el viento brillaban dos ojazos negros, colocados debajo de una frente espaciosa y despejada; su cabeza respirando honradez y bonachonería, se alzaba sobre unos hombros robustos y formaba el digno remate un cuerpo alto y fornido.

Por eso las muchachas del pueblo andaban locas tras de Juan; por eso los días que *había gaita* se ponían gozosas y contentas cuando les tocaba dar una vuelta con el honrado muchacho.

En cuanto al alma de Juan, baste con decir que era mucho mejor que su cuerpo, y eso que este entusiasmaba tanto á las mozas, más dadas á entusiasmarse de bellezas físicas que de hermosuras morales. El alma de Juan era un alma sensible, un conjunto de delicadezas y de cariños que él mismo no sabía apreciar con su rudeza de labriego.

Cuando únicamente el hombre sentía que escara-

bajeaba dentro de su cuerpo algo muy hermoso, cuando el veía el manantial inmenso de cariño que tenía allá en el fondo de su pecho, era al pensar en las dos únicas personas que para él tenían, predilección marcadísima; en su madre y en su novia.

Su madre, una pobre viejecilla que le quería muchísimo, que había servido para él de padre y de madre puesto que el suyo murió siendo Juan muy niño, que estaba más enamorada del muchacho, con sus años y todo, que todas las mozuelas de la aldea.

Cuando en la puerta de su casa, esperaba á su *chico* que volvía del trabajo sudoroso y jadeante, cuando le veía asomar por el sendero que daba al monte, los ojos de la viejecilla se animaban y despedían rayos tan vivos y miradas tan alegres y llenas de cariño como las que fijó en el hijo de sus entrañas cuando, siendo ella joven todavía, lo fajó por vez primera.

Si Juan no hubiera sido tan buen hijo, su capricho habría gobernado la casa, pues bastaba que el hombre indicára la menor cosa para que le pareciera ni de perlas á aquella viejecita que le quería más que á las niñas de sus ojos.

Juan compartía su cariño entre la viejecita y una muchacha fresca y sonrosada, de talle esbelto, ojos

azules y labios rojos, brindando dulces promesas de besos y amores; quería casi tanto como á su madre á la linda chiquilla y aun se puede asegurar que este cariño, de por sí grande, se acrecentaba con los obstáculos que le salían al paso á los buenos muchachos.

Juan no era más que un pobre bracero; fuerte, robusto, jóven, no le faltaba nunca el jornal que retribuiera su trabajo, pero esto no bastaba para satisfacer al padre de María, su adorado tormento, y los muchachos se desgañitaban inutilmente en rogar al viejo avaro, con palabras que ablandarían á una roca, que accediera á hacerlos felices dejándoles comer juntos pan y cebolla.

¡Pero ya iban á buena parte con sus lamentaciones! era el tío Roque, el padre de María, un viejo de cutis apergaminado, de cuerpo huesudo, de faz angulosa y de ojillos grises y codiciosos. Si alguna cara puede expresar bien la astucia y la avaricia, la cara del tío Roque daba quince y raya á la mejor.

Amor, cariño, paz del hogar doméstico, no representaban felicidad para el viejo labriego sino iban acompañados de buena cohorte de ochentines. Entendiendo el hombre de este modo la felicidad, mal

había de querer labrar la *desgracia* de su hija casándola con el pobretón del jornalero.

Así iban trascurriendo los días y los muchachos se impacientaban que era un gusto; hasta la pobre viejecilla aquella que tenía tanto cariño al enamorado mozo, cojía el cielo con las manos al ver el desdén con que trataban al que ella hubiera puesto en un altar.

El tío Roque, seguía erre que erre en sus trece y Juan, por más que daba vueltas en su cabeza á la cosa, no hallaba más que dos soluciones salvadoras; ó que el tío Roque reventara de un berrinche ó que él se hiciera rico.

Lo primero, á más de ser al muchacho repulsivo, no parecía que estaba en vías de ocurrir porque el viejo acartonado se conservaba, ni más ni menos que una momia sin tener un dolor de cabeza; en cuanto á lo segundo lo veía Juan tan difícil, tan difícil que rayaba en lo imposible.

Y sin embargo era preciso resolverse porque Juan veía sobre su felicidad el gran peligro de que el día menos pensado se presentara un solicitante de la linda muchacha que ofreciera, á cambio de la dicha soñada por Juan, buenas talegas de contante y sonante moneda.

Esto fué, sin duda alguna, lo que más pudo en su ánimo para impulsarle á tomar una determinación extrema. ¡Y cuidado que al muchacho le costaba trabajo separarse de su madre, dejarla allí, llorando su soledad en la pobre casucha del pueblo! Tal vez cuando volviese encontraría en vez de aquella mujer que para él encerraba tanta ternura, una cruz en el modesto cementerio de la aldea. Al pensar que podría sucederle esto, daba al traste con su resolución inquebrantable de hacerse rico y hasta se olvidaba de los ojos picaronazos de María y de aquellos labios de grana que brindaban dulces promesas de besos y amores.

Por fin la cosa se decidió; la madre, la pobre mártir, aceptaba con gusto el sacrificio; hasta animaba con sus palabras al muchacho para que se separase de ella y fuese á buscar una fortuna que asegurara á la pobre mujer, según ella decía, una vejez llena de comodidades y cuidados.

En cuanto á María, ahogándose de pena y derramando lagrimones como puños, ofreció á Juan que aguardaría su vuelta, sin entregar á nadie no su corazón, porque ese era de él exclusivamente, sino la libertad. Prometió á su novio firmemente, que ni

mandatos, ni castigos doblegarían su voluntad firmísima de aguardar su regreso.

También la pobre madre al despedirse del hijo de su alma, le decía, llorando por dentro; vete tranquilo que aquí me has de encontrar á tu vuelta, si es que Dios te concede la salud y la suerte necesarias para volver á tu casa.

Juan, en medio de su dolor y al perder de vista las últimas casas del pueblo que le vió nacer, llevaba el consuelo de que había de seguir reinando en el corazón de María y la esperanza de volver á abrazar á su pobre viejecita.



En los fértiles campos de Andalucía, luchando hoy con una potrada y mañana con un olivar, trabajando sin descanso bajo aquel sol brillante que hacía sudar al pobre mozo la gota gorda, iba Juan reuniendo, moneda sobre moneda, la base de su felicidad. Para él no había más diversión que el trabajo, ni más alegría que la de recontar, al acostarse, el fruto de sus economías encerrado en un bolsón de piel de gato. Vive Dios, que el mismo tío Roque se hubiera quedado tamañito en punto á avaricia, al ver lo que

castigaba su capítulo de gastos el pobre emigrado y el placer con que miraba las monedas ahorradas.

De vez en cuando sufrían los ahorriillos un ataque rudo, había que mandar algo para que pudiera ir viviendo la pobre viejecilla de la aldea, que imitaba la conducta de su hijo en lo de gastar lo menos posible.

* * *

Así transcurrieron tres años; tres años de trabajo para Juan y de lágrimas para su madre.

La mozueta de la aldea habíase transformado en mujer hermosísima y nadie podría adivinar en las redondeadas formas de María, la paternidad del saco de huesos y pellejo del tío Roque.

La muchacha, en honor de la verdad sea dicho, no se había olvidado de su empeñada palabra y aun recordaba con cariño al pobre mozo que luchaba con la fortuna allá en los cortijos Andaluces.

El tío Roque, seguía persiguiendo su ideal de encontrar un yerno rico y se reía á sus anchas de los castillos de naipes que formaba su hija al pensar en el fortunón que iba á traer Juan á su regreso.

Claro, pues no faltaba más sino que estuvieran las talegas á la vuelta de la esquina dispuestas á dejar se cojer por el primer záfio que se presentara, pues

ya que no costaba trabajo ganar una peseta en este mundo perro para que el buenazo de Juan fuera, con las manos lavadas, á detener por un rayo la rueda de la fortuna.

Hasta aquí, las reflexiones del viejo, no se traducían más que en algunas cuchufletas y en no pocos consejos, pero cátrate que se presenta de la noche á la mañana, un don Blás que después de mil fatigas en el nuevo mundo y de haber encajado á los españoles sendas partidas de «frutos coloniales,» á cambio de hermosas onzas de buen cuño, venir á pasar los años de su vejez y á curar la incipiente gota, en el pueblecillo aquél que visto desde lo alto del monte parecía una bandada de palomas posadas en un claro del pinar.

Don Blás, con su mal humor y sus achaques, fué recibido en el pueblo como miel sobre hojuelas, porque los lugareños, con su gramática parda, conocían que el ricachón era, una mina, no muy difícil de explotar, que se presentaba á sus codiciosos ojos.

Don Blás se *estableció* en grande; compró la mejor casa del pueblo, la amuebló con un lujo desconocido para sus nuevos convecinos, se rodeó, en una palabra, de todas las comodidades que soñó en sus largas horas de mostrador.

Y entonces fué cuando el bueno de don Blás notó que le faltaba algo; algo que alegrase un poco los últimos años de su vida, que cuidase su casa, que aliviase sus dolencias, *algo* en que no habría tenido tiempo de pensar en sus mocedades, demasiado entretenido, como estuvo en sacar todo el lucro posible de sus parroquianos.

Este algo era una mujer, que él procuraría que fuera lo más bonita posible por eso de que si había de tenerla siempre delante, mas valía que el objeto en el que se fijaran sus ojos recreara su vista un tanto cansada de no ver más que números y monedas, negocios y negociantes.

¿Estrañará al lector que dadas las condiciones de uno y otro, se entendieran á las primeras de cambio don Blás y el tío Roque?

Pues esto fué ni más ni menos, lo que ocurrió en cuanto el comerciante jubilado fijó sus miradas llenas de seniles deseos en el palmito de María.

En honor de la verdad he de decir, cumpliendo mi misión de fiel cronista, que á la muchacha no le seducía mucho su nuevo pretendiente, por más que le doraron la pildora con un concierto de alabanzas para el indiano y una pintura deliciosa de las comodidades, goces y lujos que en su nueva posición

había de disfrutar. La única persona que como ella pensara era aquella pobre vieja que metida en una casuca del lugar lloraba la ausencia de su hijo querido, y á ella acudía de vez en cuando María para que fortificase su espíritu que, á fuerza de las riñas de unos y mimos de otros, iba debilitándose hasta el punto de llegar á pensar sin repugnancia en su enlace con el viejo ricachón.

¡Pobre Juan! Valiente premio iba á encontrar cuando volviera de su voluntario destierro.

* *

Luchar con el tío Roque, cuando el tío Roque se proponía una cosa era luchar con la seguridad de una derrota; eso ocurrió en la lucha sostenida entre padre é hija. María fué al fin derrotada ignominiosamente por la tenacidad y el mal genio de su padre y acudió, á la vuelta de hacer unos pucheros y de soltar un par de lágrimas, á dejar que la hicieran rica, feliz y dichosa.

La noticia de que Mariquilla se casaba con don Blás, cundió enseguida por el pueblo y llegó hasta la pobre madre de Juan que la oyó entre asustada y vergonzosa. Asustada por el disgusto tan grande que iba á causar la nueva al pobre mozo y avergonzada

de que hubiera una mujer tan casquivana que por cuatro cuartos olvidase sus palabras de amor y sus compromisos formales.

En el ánimo de la pobre mujer hizo tanta mella aquél pesar, que francamente viendo que estaba muy vieja escribió á Juan que se volviese á escape.

La viejecita sabía que tambien había prometido al mozo, estrecharle entre sus brazos á su regreso y pensaba para sí que ya que la novia había faltado, no debía faltar la madre.

Todo era alegría en el pueblo el día de la boda de Mariquilla; el sol resplandecía en un cielo sin nubes, las campanas doblaban á fiesta y los lugareños, con sus mejores trajes, corrían á la ceremonia con la esperanza de una comida opípara. Todo el pueblo estaba invitado y todo el pueblo acudió, excepto aquella pobre mujer que había soñado con otro héroe para aquella fiesta.

Cuando en la puerta de la Iglesia, revestido el sacerdote con la capa pluvial y rodeado de una turba de monaguillos que con sus graciosas y alegres muecas demostraban la esperanza de una buena propina, leía á los novios las sanas y un tanto descaradas recomendaciones de la epístola de San Pablo

un hombre con la tez curtida por el sol y el viento subía, todo lo aprisa que le permitían sus piernas, la cuesta que daba acceso al pueblo.

Una ansiedad inmensa se pintaba en su rostro, un tanto velado por un tiente de sufrimiento, y su robusto pecho se levantaba de vez en cuando á impulsos de hondísima tristeza.

Cruzó el viajero el pueblo sin detenerse en ninguna parte, llegó á la casa en donde enferma y sola vivía la pobre viejecilla, y empujando la puerta paseó una mirada por el interior; un grito desgarrador, un grito del alma, un grito que encerraba delicadas y sublimes armonías de cariño, un grito de los que solo saben dar las madres, salió de un rincón del cuarto en el que había una pobre cama sobre la que agonizaba una mujer anciana.

Juan se precipitó en los brazos descarnados y secos que estendía la moribunda y lágrimas, y besos y entrañables cariños, se confundieron en un abrazo.

Cuando Juan soltó el cuerpo de su madre la pobre mujer cayó inerte sobre la cama.

La emoción había sido tan violenta que había dado al traste con la poca vida que á aquella infeliz quedaba.

.....

En aquel momento María pronunciaba tímida, ruborosa, coqueta los tres *sis* que la unían al indiano para siempre.

* * *

Cuando, terminada la velación, suelto el paño que sujetaba á los novios y despues de la *cabezada* de costumbre que dió el tio Roque con toda su fuerza, salía el cortejo de la iglesia, las campanas doblaban á muerto.

Mal empiezan—dijo una vieja de boca hundida y ojos de lechuza, que andaba en el pueblo en gran predicamento de bruja—despues de todo así acabará ello.



Por el que está en el pozo.



Corría el año de 1812; aquel tiempo en el que el león de España sacudió sus melenas y dejó, de un zarpazo, aliquebradas á las águilas del imperio que volaban triunfadoras y gozosas por Europa, merendándose naciones y devorando independencias.

Hubo necesidad de que una turba de hombres mal vestidos y peor alimentados, sin más disciplina que el ódio al invasor y con el aumento de fuerzas que les daba el ver sus hogares saqueados y su independencia hollada, diera el primer golpe en Bailén al génio militar de Napoleón, para que la Monarquía universal de los grandes conquistadores no fuera un hecho.

Nuestra nación empobrecida por un favorito infame, una reina torpe y un rey imbécil, tuvo valor bastante para derrotar las armas invencibles, hasta entonces, de Napoleón en los Arapiles, en Vitoria y en Tolosa y para proclamar las modernas ideas constitucionales en las Córtes de Cádiz.

La guerra de la Independencia fué una gloriosísima epopeya, el pergamino de más valor de los que ilustran la ejecutoria de nuestra noble España.

* *

Como la patria estaba necesitada, no esperaban sus hijos á que ésta los llamáse, sino que se apresuraban á ofrecerle el sacrificio de sus vidas, sin necesidad de que se publicara una ley que declarase obligatorio el servicio de las armas.

Lo que nuestros modernos legisladores no pueden resolver en una serie interminable de discursos y sesiones, lo resolvieron el cura Merino, Juan Martín y, entre nuestros paisanos, el Barón de Pallaruelo, sin más palabras que con aparejar un mal rocín y cojer una tizona ó una escopeta de chispa.

Tal vez nuestra independencia hubiera sucumbido sin el ardor de los guerrilleros, sin las predicaciones de los frailes, sin el heroismo de españoles y españolas.

* *

En aquella época vivía en un villorrio de nuestra provincia, comiendose las rentas de su mayorazgo, un jóven hidalgo recién casado con una bellísima dama.

Llamábase esta doña Juana de Ciria y su nombre era conocido en toda la provincia por la donosura y gentileza de su poseedora.

Cuando soltera, habían traído á mal traer á los galanes de este país los ojos azules, rasgados y dulcísimos de la protagonista de esta historia, su tez tan blanca como la nieve que cubre las cimas de nuestras montañas, su esbelta cintura, sus pies, chiquititos y la gracia *españolísima* con la que envolvía su linda cabeza entre los pliegues de una airosa mantilla. Aun aseguraban las gentes que después de casada no habían faltado atrevidos pretendientes á la belleza de doña Juana, así como todos proclamaban que aquellas pretensiones encontraron insuperable dique en la virtud acrisolada de la hermosa soriana y en el tiernísimo cariño que ésta profesaba á su joven esposo.

Lo cierto es que vivían tranquilos y felices los esposos, encerrados en la casa solariega que poseían en el villorio que antes cito, sin más ocupaciones que las que el cuidado de su hacienda pudiera acarrearles y las no pequeñas de mimos y carantoñas en las que se traducía su cariño.

Un día las campanas del pueblo doblaron á arrebató y las gentes, airadas unas y cavilosas otras, reu-

níanse en corrillos en el pórtico de la iglesia para comentar las noticias que causaban la alarma y que entre exageraciones, manotazos y dicterios contra el extranjero, refería un cura sanote y colorado, tan buen ministro del señor como amante de su patria.

La matanza del dos de Mayo, había producido general indignación; el heroísmo de los madrileños había encontrado ardientes ecos en los corazones de todos los españoles, y era poco el sacrificio de la vida para correr á ofrecerlo en el altar de la patria, de la patria declarada en peligro por el Alcalde de Móstoles.

En la noche de aquél día, Juana lloraba silenciosamente en un salón de la casa solariega, pero ni una queja se escapaba de sus labios.

Su marido era español, y era jóven; ella era la primera en comprender que debía correr á pelear por la independenciam de su país.

La explicación entre los esposos fué corta; el honor y la patria exijian que se separásen y solo causas de tal fuerza podrían mover al feliz marido á romper la dulcísima cadena que formaban al rededor de su robusto cuello, los blancos y redondos brazos de su esposa.

Como el peligro no daba espera, preciso era partir enseguida y así lo decidió el hidalgo.

Solo consiguió la hermosa soriana que Tomás el antiguo y honradísimo criado de su familia, acompañase en su excursión al elegido de su alma.

A la mañana siguiente, se despidieron los esposos entre besos y lágrimas.

—Toma, dijo Juana, á su marido, este escapulario de la Virgen del Cármen que ha dormido sobre mi corazón muchas noches; mi bendita patrona hará que vuelvas á mis brazos bueno y sano, como hoy te veo partir.

Pocos momentos después el bravo hidalgo, seguido de Tomás y de algunos labriegos, perdía de vista las cosas de su aldea y mandaba un postrer adiós á la hermosa de los cabellos de oro, en una larga mirada de sin igual ternura.

Después, afirmándose sobre los estribos de su jaca volviéndose hacia su gente dijo, con la voz bronca y la mirada centelleante.

—Ahora, muchachos, para francés que caiga en nuestras manos, no hay cuartel.

La idea de la esposa había desaparecido para dar lugar á la idea de la pátria.

Muchos días transcurrieron desde aquel de la separación de Juana y su esposo, y aún cuando vino el verano con su sol espléndido y pasó la primavera cargada de aromas y de trinos de amor, de rosas y plumas, ni el sol brillaba para los ojos de Juana, enturbiados por las lágrimas, ni hasta ella llegaban los trinos del ruiseñor, ni los perfumes de las flores, encerrada como estaba, en un triste salón de su viejo palacio de infanzona.

Un día de otoño, un día de esos en los que el cielo cubierto de nubes de color de plomo que parece pesa sobre nuestra alma haciendo derramarse las lágrimas que en ella hay encerradas, en los que parece que el campo no tiene flores, ni el ave canciones, ni la mujer amor, llegó al villorrio que presenció la dicha de Juana, un hombre mal cubierto de andrajos y en el que apenas hubieran reconocido los habitantes del pueblo al buen Tomás, tal habían puesto la cara noble y francota del antiguo criado las penalidades de la guerra.

Llegó el viajero hasta la casa de su señora y

cuando se encontró en presencia de esta, trabósele la lengua, nublaron su voz un torrente de lágrimas y sin poder articular una palabra, tendió á la jóven un escapulario de la virgen del Carmen, medio teñido de sangre.

El escapulario que había dormido tantas noches sobre el corazón de Juana había sentido también la última palpitación del corazón del guerrillero.

* * *

Pasó un año, quizás dos, no son tan exactas mis noticias que me permitan precisar, á punto fijo, cuanto tiempo.

Las tropas del invasor se enseñoreaban de España con las manos teñidas por la sangre de los héroes de Zaragoza, con la conciencia llena de sombras por los asesinatos de Gerona.

El dolor de Juana era inmenso pero había desaparecido, con todo, el martirio de los días. Si la pena que sentimos al perder á una persona querida no se mitiga algo con el tiempo, sería imposible la vida.

Los franceses, que recorrían la península, llegaron un día hasta el apartado rincón donde lloraba Juana su viudez y cupo en suerte á la pobre mujer alojar en su casa al jefe del destacamento.

La lucha que se entabló en el ánimo de Juana fué enorme. Ella que todavía lloraba y que lloraría siempre la muerte del bravo guerrillero iba á hospedar en su propia casa á uno de los que causaron su desdicha, quizás á uno de los asesinos de su esposo.

¿Pero qué había de hacer ella, debil mujer, ante las exigencias de la fuerza? Hubo de doblegarse y bajo los techos de aquella casa acostumbrada á guardar buenos y leales patriotas, durmió aquella noche uno de los enemigos de la patria.

* * *

La hermosura de la gentil castellana no había perdido nada con las penas y sufrimientos de los últimos años más bien parecía que las negras tocas de la viudez, hacían resaltar más y más sus encantos.

¿Que mucho que al alojado francés sedujera la belleza de doña Juana, cuando no habría hombre que la mirase sin delicia?

Sucedió, pues, que el extranjero, acostumbrado sin duda á conquistar reinos lo mismo que corazones, trató de apoderarse del de su linda huéspeda á la que si para desairar á todos sus pretendientes le bastaba con mirar el retrato de su esposo, antojábasele al oír los galanteos del francés que el guerrillero

ensangretado y moribundo, salía del retrato pidiendo venganza. Su imaginación de mujer le pintaba con tan negros colores su desgracia y con tan alagadoras tintas la venganza que..... aquella noche, acudiendo á las exigencias del alojado, citólo para tener con él una entrevista en el huerto que se extendía á espaldas de la vetusta morada.

La hermosa viuda había concebido un terrible proyecto.

* *

Y Al llegar la noche desaparecieron del semblante de Juana, las sombras de tristeza que lo anublaron durante todo el día. Al morir la luz del sol parecía que una extraña luz había iluminado su linda cara encerrada en el dorado marco de sus cabellos rubios.

Se fueron apagando, según avanzaba la noche, todos los ruidos de la casa y Juana, fiel á su promesa deslizóse, como una sombra, por las escaleras que conducía á la huerta.

Allá estaba el oficial de Napoleón erguido dentro de su uniforme, retorciendo las puntas de su mostacho con el ademán contento y jactancioso del que no encuentra obstáculo para sus pretensiones.

Llegóse hasta él la viuda, y abandonándole una

mano que el oficial le cojió, condujo á este hasta el sitio que convenia á sus propósitos.

Los ojos del francés despedian fuego y cediendo á un extremo de su pasión trató de aprisionar entre sus brazos el delicado talle de Juana.

Ante la vista de la joven cruzaron entonces, todas las delicias que le prometía el amor de su esposo, todas las amarguras que le habia causado su viudez, todas las vejecciones de sus compatriotas saqueados, maltratados, asesinados por el invasor y reuniendo todos sus esfuerzos, en un especie de espasmo nervioso, se desasíó de los brazos de aquel hombre y empujándole violentamente dió con su cuerpo en el fondo del pozo en cuyo brocal se apoyaba el galanteador francés.

Después algo negro y rojo cruzó por su cerebro, algo como sangre y-luto y corrió desolada á ocultar su cuerpo entre las sábanas de su lecho devorando á besos y humedeciendo con lágrimas un viejo escapulario de la virgen del Carmen.

.....
.....

* * *

Muchos años después; allá por aquellos en los que España sacudía su cuerpo entre las convulsiones

de la revolución, vivía en un villorrio de nuestra tierra una viejecita con los cabellos blancos como el lino y la cara tan llena de arrugas como la cáscara de una nuez.

Hasta la antiquísima casa que albergaba á la anciana señora, no habían llegado los estremecimientos de la revolución; en ella se seguían las añejas costumbres y al caer el sol, ama y criados reuníanse para rezar el rosario, como lo hicieron, siglos atrás, sus abuelos.

Al final del rosario, después de una serie interminable de padrenuestros y avemarías, decía la voz cascada de la viejecilla:

—Un padrenuestro por el alma del francés que está en el pozo.

¡Oh mutabilidad de las cosas humanas! la viejecilla que dirigía la oración, era... la hermosa Juana de la guerra de la Independencia.



The first part of the lecture deals with the general theory of quantum mechanics. It starts with a review of the classical theory of mechanics and then discusses the transition to quantum mechanics. The key concepts discussed are the wave function, the Schrödinger equation, and the uncertainty principle.

The second part of the lecture focuses on the application of quantum mechanics to the hydrogen atom. It discusses the energy levels, the wave functions, and the probability distributions of the electron. The lecture also touches upon the fine structure and hyperfine structure of the hydrogen atom.

The third part of the lecture deals with the theory of angular momentum. It discusses the addition of angular momenta, the commutation relations, and the eigenvalues and eigenvectors of the angular momentum operators. The lecture also introduces the concept of spin and the Pauli exclusion principle.

The fourth part of the lecture discusses the theory of many-particle systems. It introduces the concept of identical particles and the symmetrization postulate. The lecture also discusses the theory of the harmonic oscillator and the application of perturbation theory to the hydrogen atom.

The fifth part of the lecture deals with the theory of scattering. It discusses the partial wave expansion, the phase shift, and the Born approximation. The lecture also introduces the concept of the scattering cross-section and the optical theorem.

Quantum Mechanics

The final part of the lecture discusses the applications of quantum mechanics to solid state physics and nuclear physics. It discusses the band structure of solids, the properties of semiconductors, and the theory of nuclear forces.



LAS PASADERAS

(CUENTO DE NIÑOS)

A través de la neblina de los años recuerdo con gran exactitud aquel episodio de mi adolescencia; me parece estar viendo todavía el lindo pueblecillo que habíamos escogido por residencia veraniega, unas cuantas familias arrojadas de Madrid por el calor sofocante del mes de Julio. El pueblo era pequeño, un montón de casitas blancas acurrucadas entre elevadas montañas cubiertas de vegetación. Al pie de las casas corría un río tranquilo, sosegado, de aguas tan puras y cristalinas que desde una de las orillas podían sin dificultad contarse las arenitas del fondo.

La tranquila corriente, veíase cortada por un viejo puente de madera, no muy seguro por cierto, y que más se tenía en pie por lo bonachón del río que por lo sólido de su construcción, y por blancos

pedruscos que salpicados acá y allá facilitaban el paso de una á otra orilla, no sin que alguna vez los pies se semojasen en la cristalina linfa.

Algunas veces, ruidos desconocidos, resoplidos extraños, algo así como la respiración anhelosa de un monstruo fatigado, se oía desde la tranquila aldea; entonces las gentes se asomaban á las ventanas á ver saltar de la una á la otra montaña, los trenes, que hacían sonar, como lanzando gemidos lastimeros, las enormes piezas de hierro del viaducto belga que por encima de las casas y río se levantaba. Entonces una negra franja de humo coronaba la balaustrada del puente, algunas chispas caían por los enrejados y después el ruido se iba alejando, alejando hasta que un silbido agudo y estridente anunciaba la llegada del tren á la estación inmediata.

* *

Yo tenía entonces esa dichosa edad en la que apenas se ha salido de la niñez y se vislumbran próximos los albores de la juventud; edad hermosa y sonriente, en la que todavía no ha tocado á nuestros labios el amargo cáliz de la vida, en la que se respira con más fuerza, se ríe con más deseo de reír y se cae en la cama sin temor á que el fantasma del

ensueño aleje con el revoloteo de sus impalpables alas negras el dulce reposo que cierra los ojos y puebla la mente de visiones deliciosas.

La vida del pueblo me parecía encantadora; lejos de la disciplina del colegio, de aquellas enojosas caras angulosas de los profesores, siempre dispuestos á la reprensión y al castigo y sobre todo aquella santa libertad, el poder levantarme con el alba y correr á la montaña sin llevar en el oído el tin tan de la compaña que llamaba á estudio, á clase, al comedor ó á la capilla. Afortunadamente aquello había terminado; mi título de bachiller me garantía para en adelante y ya sabía yó que allá en las aulas de la Universidad no había de pasarlo tan mal como en el Colegio de Jesuitas.

Entre los que veraneaban en el pueblo, había una familia unida á la mía por vínculos de estrecha y antigua amistad, la familia de un militar veterano al que me parece todavía estar viendo, D. José Mendoza, que así se llamaba, era un hombre alto, de fisonomía huesosa y morena, tostada por el aire de cien combates, de larga perilla blanca, lo mismo que los enormes bigotes y el pelo que llevaba siempre cortado á punta de tijera. En aquella cara de *detesta chicos*, había sin embargo, mirándola fijamente, algo

que respiraba bondad y tengo para mí que era el plácido mirar de sus ojos azules que salía de debajo de un espeso mechón de pelos blancos, que tales venían á ser las cejas del bueno de don José. Retirado del ejército no había podido prescindir de sus aficiones belicosas y ya que no mataba moros, ni insurrectos cubanos, ni carlistas del Norte, pues en las tres guerras se había batido, se dedicaba á matar conejos y codornices por aquellos campos, que era una bendición de Dios.

Lo mismo que se notaba en la fisonomía de nuestro hombre, notábase en su carácter, echábalas de ogro, de genio gruñón insoportable y era sin embargo el hombre de más bonachón carácter de cuantos he conocido. Con esto y con decir que para él la generación presente era una generación enclenque y enfermiza, falta de energías y de carácter y dada únicamente á la molície, al lujo, los perfiles en el vestir y los perfumes que al bueno del retirado sacaban de sus casillas, ya queda lo bastante dibujado el personaje para que de él formen cabal idea los lectores.

Vivía don José Mendoza con su mujer y una hija. Joaquina, la compañía de los juegos de mi niñez y la protagonista de esta verídica historia. Tenía por

aquel entonces Joaquina catorce años, y era morena graciosísima, con el cabello tan negro como las alas del cuervo, los ojos aterciopelados, de mirar lánguido y dulce, los sonrosados labios siempre sonriendo y dejando entrever una doble hilera de menudos dientes blancos y nacarados, la cintura esbelta y revelando ya á pesar de sus pocos años en su busto redondeado incipientes bellezas que habían de hacerla andando el tiempo, una mujer admirablemente formada.

Joaquina y yo nos queríamos como hermanos, desde niños nos buscábamos el uno al otro como compañeros inseparables, aguardábamos con ansia las vacaciones, las salidas del colegio para corretear juntos por el campo ó para pasar los días reunidos en el cuarto más desmantelado de mi casa, que era el destinado para nuestros juegos de muchachos. Acostumbrado á ver en Joaquina un camarada, ni remotamente había pasado por mi imaginación la idea de que la niña se iba convirtiendo en mujer y en mujer bonita; más aún, ni había reparado en las bellezas del rostro encantador de la muchacha, apesar de las chanzonetas del bueno de su padre que me llamaba con toda formalidad su *yerno*, sobre todo cuando había gente delante, frase que él sabía que

me causaba una vergüenza horrible y que me hacía poner de mil colores.

* * *

Joaquina y yo seguíamos correteando por el campo como dos buenos camaradas, gozando de las delicias de la temperatura primaveral, del vallecito y de los hermosos panoramas que ante nuestros ojos se presentaban desde las altas cimas de las montañas que, con nuestro ardor juvenil y el auxilio de ferrados bastones lográbamos dominar.

Al anochecer fatigados y risueños, con la tez un poco tostada por el sol y la misma promesa de una próxima excursión, volvíamos á casa para caer en la cama ansiando dormir con el tranquilo sueño del que no tiene preocupaciones ni dolores que le atormenten.

Casi estoy por asegurar que aquellos días de verano fueron los más felices de mi vida, los que dejaron en mi alma un recuerdo tan apacible y tranquilo que en él me he refugiado más de una vez para huir de las negras sombras que han empañado mi frente en la pícara batalla humana.

* * *

Un día, día de sol espléndido, nos habíamos re-

zagado en nuestra excursión y ya comenzaban á descender las primeras sombras del crepúsculo cuando nosotros emprendíamos nuestro regreso.

El sol se iba ocultando tras las montañas de las que se despedía con un beso ardiente, envolviéndolas en tintas de fuego; para volver al pueblo era preciso atravesar el desvencijado puente de madera y la *guitarra*, como los del pueblo le llamaban, estaba bastante lejos del punto en el que nos encontrábamos.

Joaquina y yo caminábamos uno al lado del otro, había yo sentido aquel día no sé que placer inexplicable con la compañía de Joaquina, era una necedad, pero aquel día me había parecido su voz más dulce su mirada más cariñosa. La tenía á mi lado y veía con pena que se acercaba el momento de separarnos,

—No podemos llegar al puente, me dijo la niña, la noche se nos va á echar encima y van á estar con cuidado en casa. Si quieres podemos cruzar el río por las pasaderas del taller, adelantaremos mucho camino.

—Como quieras, le contesté, pero temo que resbales en una piedra y vayas á parar al agua; ya ves que un baño no te haría tampoco gran provecho.

—Ca, no tengas cuidado y en caso de apuro tú me ayudarás.

—Bueno, pues vamos á las pasaderas.

Llegamos á la orilla del río, puse un pié sobre la primera piedra que no ofrecía el menor peligro y fui adelantando poco á poco, con precaución para no remojarme.

Joaquina me seguía y yo á cada á paso volvía la cabeza por si ella perdía el equilibrio.

Verdaderamente no había otro peligro que el del chapuzón, pues el río tenía por aquel sitio muy poca profundidad.

De pronto Joaquina se tambaleó, me pareció que iba á caer al agua y estendí mis brazos para recogerla.

—Que me voy á caer, que me voy á caer, decía la niña con voz alterada, ayúdame por Dios que si no voy á parar al río.

—Sostente firme que allá voy, le dije y volviendo sobre mis pasos alcancé á Joaquina y la cojí en brazos; si tardo un momento más hubiera dado con su cuerpo en el agua.

El sol se ocultaba en aquel momento tras las montañas y la brisa de la noche cargada de los aromáticos efluvios del vecino monte jugaba con los cabellos de la niña que rozaban mi frente, se oía á lo lejos el tintineo de las esquillillas del ganado y el rui-

do del río al precipitarse por la presa del molino, de pronto rasgó el aire un silbido agudo, prolongado, tristísimo; era el expreso que anunciaba á los viajeros la proximidad del viaducto.

Al oír aquel silbido, el cuerpo de la niña se estremeció entre mis brazos mientras los suyos se aferraban á mi cuello, yo no sé lo que sentí en aquel momento al contacto de aquel cuerpo joven que se estremecía. Aquellos cabellos negros y suaves que oreaban mi rostro, aquellos ojos dulcísimos que me miraban, aquel rostro, hermoso junto, casi pegado á mi rostro. Se debieron despertar entonces todos los ardores de la juventud en mí; corrió por mis venas un fuego extraño, sentí un deseo inexplicable, mezcla de placer y de fatiga, que me impelía á abrazar, á besar y sin ser dueño de mí volví mi rostro y deposité un beso ardiente lleno de vida, de fuego de juventud en los labios entreabiertos de Joaquina.

La niña se estremeció al sentir aquel beso, aquella caricia delirante, después.... después reclinó su cabeza en mi hombro y rompió á llorar amargamente.

Cuando llegamos á la opuesta orilla regresamos á casa en silencio con el rostro encondido, el pecho palpitante y los ojos preñados de lágrimas.

Al llegar al pueblo nos separamos sin decir una sola palabra.

.....

.....

Desde aquel día ya no correteábamos juntos la niña y yo por las montañas próximas ni por la campiña vecina. Es más, parecíamos huir el uno de otro y sin embargo cuando nos encontrábamos nuestros ojos se buscaban. Yo notaba las perfecciones de Joaquina, el precioso óvalo de su rostro, encerrado en el marco negro de sus cabellos de ébano. Al choque de aquel beso, al calor de aquellos labios que se juntaban parece que brotó el primer amor en mi pecho, pero un amor tímido pudibundo todo roburoso y avergonzado de la escena del vado.

Terminó el verano, regresamos á Madrid y la suerte nos alejó á uno de otro.

Había transcurrido ya mucho tiempo cuando volví á encontrar á Joaquina, era una mujer hermosa. De la escena aquella que se desarrolló entre nosotros y que tan violenta lucha encendió en mi pecho no conservaba mas que un triste recuerdo, dulce como las caricias de un niño, apenas esfumado en el fondo de su alma.

Después Joaquina se casó; fué dichosa; yo seguí

otros derroteros en la vida, pero muchas veces ha venido á mi memoria el recuerdo de aquella mi primera calaverada de mozuelo y he sentido correr por mis venas un estremecimiento de placer pronto disipado por una pena amarga.

El placer de la juventud naciente llena de alegres recuerdos y de placenteros días, el pesar amarguísimo de la inocencia perdida de ver asomar entre mis negros cabellos plateados hilos, primeros copos de la nieve de la vejez que viene á apagar los ardores del corazón.

Entonces he dicho tristemente.

¡Ay! quien pudiera volver al día en que el silbato lejano de la locomotora despertó en mi alma los primeros sentimientos del hombre condensados en un beso ardiente y apasionado.



Cuentos de mi tierra

EL TIO PATRICIO.

Lamiendo las paredes negruzcas de la casucha medio cubiertas por los verdes pámpanos de la añosa parra deslizaba el arroyuelo sus aguas frescas y tan cristalinas, que se podían contar las blancas piedrecillas del fondo. Allá á la espalda, un monte alto, muy alto, poblado de verdes pinos que inundaban la atmósfera con sus balsámicas emanaciones, y entre la casa y el pinar, amén de un caminejo de herradura, un huertecillo cercado de maderas ennegrecidas por el tiempo. A la puerta de la casa y debajo de una ventana estrecha, un poyato de piedra, asiento predilecto del tío Patricio y de los que con el gustábamos de departir sobre cosas del tiempo viejo, en nuestras frecuentes visitas al pastor jubilado.

Era el bueno del tío Patricio, hombre entrado en los 75, de tez curtida por el sol y el viento de las montañas, que allá en su mocedad recorrió tras de la piara de ovejas, de más que mediana estatura, y algo encorvado por el peso de los años. Su cara llena de surcos y arrugas, estaba animada por unos ojillos grises, de mirar tan vivo y picaresco como los de un mozo de veinte años, y una sonrisilla, entre bondadosa y burlona, entreabría de continuo sus labios hundidos por la falta de dientes. Algunos mechones de cabellos blancos, duros y fuertes como cerdas, asomaban por debajo de su grasienta montera de piel de nutria y en los bolsillos de su chaqueta parda, no faltaba nunca el paquetillo de *picado*, la piedra de *lumbre*, el eslabón, residuo de la hundida herrería, y su buen trozo de aromática yesca.

El frío de los inviernos y el cansancio de los años, echáronle del monte, é imposibilitado de seguir cuidando las ovejas arriba, cuidaba sus pieles allá en la casucha de la entrada del pueblo, convirtiéndolas en preservadores zagones, llenos de ramos y bordados, que luego lucían los mozos en las fiestas de los pueblos.

Durante el tiempo que el tío Patricio pasó en el monte, hizo gran acopio de conversación para la al-

deca y ávido de palabras, esperaba la venida de cualquiera, sentado allá en el poyato, para dar rienda suelta á su comezón de hablar, contando viejas historias del lugar ó del monte, episodios atrevidos de caza, aventuras de hijos del país enriquecidos en América y hasta picantes historietas de mozas, que hoy ya, faltas de dientes y de pelo, cuidaban de sus nietos.

Una de las tardes en que de charla con el viejo, hallábame á la puerta de su casuca, disfrutando del fresco y embalsamado ambiente que allí se respiraba, aparecióse por la cerca de maderos del huertecillo, un mocetón robusto, que á grandes zancadas, había descendido de la montaña.

Rebosaba el muchacho salud y vida, fresca y alegría, y dirigióse al viejo, que se incorporó al verlo, para estrecharlo entre sus brazos robustos, con un abrazo fuerte y empujagado.

Volvióse el viejo á mí, no bien repuesto del apretón del muchacho y levantando la cabeza con orgullo; me dijo:

—Ahí lo tiene usted, tan guapo, tan robusto; mi nieto que viene *del ganado* á ver al viejo como todas las semanas. ¡Benditas las calenturas, que á mi lado lo tienen!

Chocóme esta última exclamación del tío Patri-
cio y seguro de que encerraba una historia, que él
no había de ser tardo en referirme, pedíle la expli-
cación, que me dió, poco más ó menos, en los tér-
minos siguientes:

Hace ya muchos años, aquí había dos fábricas,
que daban colocación á unos cuantos obreros; aquí
había ganado en abundancia, y esos claros que se
ven en el monte no existían. Entre las fábricas, el
pastoreo y las maderas todos íbamos viviendo, tra-
bajosamente, sí, pero sin que á nadie le faltase el
pan de cada día, ni el trago de vino para remojarlo.

Metidos en este rincón del mundo, los productos
de las fábricas salían con gran trabajo á los merca-
dos; en otras partes dotadas de ferrocarriles y ca-
rreteras se producía con mayor ventaja, y nuestra
industria fué viniendo á menos, hasta que después
de una agonía rápida, murió dejando en la calle á
una porción de gente.

La obra de destrucción se completó con los in-
cendios. Un día nos despertó una claridad rojiza, un
humo denso llegaba hasta las puertas del pueblo; di-
mos un grito de horror, acudimos al brasero inmen-

so que formaba nuestro monte, pero nuestros esfuerzos fueron inútiles; al otro día había desaparecido medio pinar y en lugar de aquellos árboles que con su verdor perenne recreaban la vista, quedaban unos cuantos palos carbonizados de insignificante valor y esas extensas calvas que desde aquí se pueden ver.

Las cosas iban, pues, de mal en peor; cerradas primero las puertas de la fábrica, se nos cerraban también las del monte y los hombres nos mirábamos unos á otros, con el dolor que produce la futura holganza, que nos privaba de llevar á casa lo necesario para sostener nuestras familias. Entonces se pensó en buscar otro campo donde trabajar y los más atrevidos concibieron la idea de jugarse el todo por el todo, atravesar el charco y llevar su actividad, su juventud y su vida á América, en busca de fortuna.

La gente de esta tierra es sobria, trabajadora, honrada; no fué de extrañar por lo tanto que algún tiempo después comenzasen á venir cartas de América, con unos sellos muy majos y un papelito dentro, que se cambiaba en casa de un señor de la ciudad por buenas monedas contantes y sonantes.

El problema estaba resuelto, se cerraba el mon-

te, pero en cambio se habría una mina y el ardor de explotarlo fué tal, que en pocos años no quedó casa en el pueblo que no tuviera su representante al otro lado del mar.

Yo también me contagié con la fiebre aquella y como no estaba ya en edad de meterme en aventuras por el mundo, pensé en mandar al nieto en busca de fortuna. Discutióse la cosa en familia, se le preparó la ropa, se le buscó una colocación, y cuando ya todo estaba preparado, ocurrió un suceso que nos hizo variar radicalmente de modo de pensar.

Uno de los americanos que más suerte habían hecho, era Cleto el de la tía Gregoria; su madre ya no trabajaba; los *papelitos* de las cartas del hijo le daban más que de sobra para vivir.

Un día el tío *Correo*, le trajo una carta con el sello de América, pero con un sobre con orla negra; la carta aquella no traía *papelito*, traía solo la noticia escrita de la muerte del pobre Cleto. Yo lo vi marcharse, alto, fornido, robusto y después de luchar como un negro, allí había muerto en tierra extranjera, lejos de los suyos, sin los cuidados de su madre, privado de sus besos y de sus caricias. La tía Gregoria no echó *luz* desde entonces; parecía que las calenturas de su hijo le habían alcanzado también

á ella. Yo, en cambio, eché cuerda á mojo y dije para mis adentros: bien se está San Pedro en Roma; trabajo por trabajo, que se pase el chico la vida tras de las ovejas en su tierra, que como le duela un día la cabeza, aquí tendrá á sus abuelos para cuidarle, para asistirle, para reanimarle con sus besos y caricias.

Dicho y hecho; comuniqué el proyecto á mi vieja, se lo participamos al muchacho, deshicimos el lío de ropa, y aquel día nos sentamos á comer más contentos que unas pascuas, tanto como si celebrásemos la vuelta del hijo millonario.

*
*

Hoy mis zagones no se consumen en el pueblo; los hijos del país vuelven de América vestidos de señores y apenas otro que mi muchacho, anda por el monte detrás del rebaño.

Yo veo volver á los americanos ricos, con verdadera alegría, no les tengo envidia á ellos ni á los suyos, porque con todo el dinero del mundo, no se puede pagar el abrazo que me da mi nieto todas las tardes al volver del ganado, ni la tranquilidad y la alegría con que dormimos debajo del techo de nuestra casucha. Después de todo, nadie es más rico que el que se conforma con lo que tiene.

Así dijo el tío Patricio y haciendo con sus manos toscas y algo temblorosas un cigarrillo, prendiéndolo con un pedazo de yesca y con su sonrisa entre burlesca y bondadosa, vió perderse en la atmósfera las nubecillas de humo.

El riachuelo murmuraba plácidamente al deslizarse sobre su lecho de guijarros; á lo lejos sonaba el tintineo de las esquilillas del ganado, la campana de la Iglesia tocaba las oraciones y el pinar se iba desvaneciendo en la penumbra del anochecer.

Dentro de la casucha, se oía la voz del mozo gritando: Abuela, abuela, á cenar que ya es hora.

Yo me levanté para volver á mi casa y cuando á solas recorría el estrecho sendero iba también pensando:

Tiene razón el tío Patricio; dichoso él que se conforma con lo que tiene.



Cuadros de mi tierra

LA VENTA

Interrumpiendo la monotonía de la carretera, cortando la larguísima cinta blanca, se alzan unos árboles frondosos que cobijan bajo sus ramas un edificio de poca elevación de ancha portalada y de paredes jalbegadas también de blanquísima cal para que el menudo polvo del camino no produzca en ellas grave deterioro.

El viajero, verto de frío en los crueles días del invierno, sofocado y jadeante en los abrasadores del estío; cubierto de nieve y de barro unas veces, de polvo y de sudor otras, vislumbra la casita blanca como puerto de salvación y lenitivo para sus molestias.

Cuando se asoma á la puerta y pasea una mirada por el interior del espacioso portal, cuando detiene sus miradas en las cuatro sillas de pino, en los mal tratados bancos, en el pequeño mostrador, que como

avergonzado de su modestia, se oculta la mayor parte del día tras desvencijados tablones, se cree transportado á otros tiempos, cree ver destacarse de las paredes, un tanto ennegrecidas por la vecindad de la humosa cocina, el rostro grave de un cuadrillero de la Santa Hermandad, la picaresca silueta de un estudiante de la tuna, el aspecto zumbón y truhanesco del *tio Pedro el titerero*, vienen á su memoria sabrosísimos pasajes de Cervantes y Hurtado de Mendoza y bailan ante sus ojos frailes, majos y manolas escapados del pincel de Goya.

Esta es la *venta*, la venta que se conserva en mi tierra á través de los años, la venta albergue de arrieros, parada de diligencias, punto de reunión de segadores y caminantes.

No hay entre aquellas paredes las comodidades y el lujo de los modernos hoteles; ni la cama de muelles, ni la cocina francesa; en la venta no hay más que huevos frescos, jamón magro, algún pollo de los que picotean las migas esparcidas por el portal y un saco de paja que por la noche arriman á las paredes y en el que roncan á pierna suelta los arrieros, mientras los perros velan gruñendo en los carros detenidos en el corral.

A lo mejor turban el sueño de los moradores de

la venta golpes descompasados que suenan á la puerta; es un viajero rezagado que sin más ceremonias ni contemplaciones, deja en la cuadra su cabalgadura, suelta las mantas de la silla y se acurruca, tranquilamente, en un rincón dispuesto á corear á los pocos minutos los ronquidos de sus compañeros.

Si yo tuviera el talento bastante para poder copiar aquí las mil escenas, cómicas las unas, tiernas las otras, grotescas las de más allá que tienen lugar en la venta, habría de resultar mi artículo lleno de color, de gracia y de poesía.

Os referiría los chascarrillos que el gitano desarrapado y andrajoso, con un bosque de maleza por cabello y una piel tostada por el sol, cuenta enseñando dos filas de blanquísimos dientes; mientras pide *una mijita de aceite por caridad de Dios*, y atisba el más gordo de los pollos para llevárselo también caritativamente, á un descuido de la ventera, os contaría las chanzonetas del arriero con la mal trazada maritornes, que terminan las más de las veces con un pescozón ó en un abrazo, os hablaría de esa familia de caminantes que al detenerse en la venta con un pan y una cebolla que ellos sacan de sus alforjas y

un cuartillo de vino que en la posada compran, celebran opíparo banquete, podría referir los dichos de los unos, las agudezas de los otros, las risotadas de éstos, los juegos de aquellos y los golpes de los de más allá y añadiría que todos echan mano á sus faltriqueras ó al pedazo de pan que van á llevarse á la boca, cuando á la puerta aparece la figura de un pobre baldado ó de una anciana mendiga, que implora una limosna para sostenerse en su viaje.

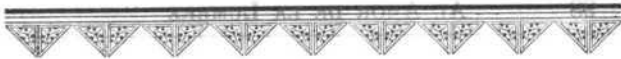
Hoy la venta, en todo su esplendor, va desapareciendo los modernos adelantos la conmueven hondamente, la hieren de muerte.

Su blanca silueta se va perdiendo de vista medio borrada por el humo de la locomotora, sus paredes tiemblan y se conmueven á la trepidación del trén que desliza sobre los carriles su masa negra, con enormes resoplidos de monstruo fatigado.

¡Ah! Pero si alguna vez mareados por la vertiginosa carrera del exprés, hartos del lujo del coche-salón ó de los refinamientos de comodidad del *eslecpencarr*, quereis vivir un poco en otro tiempo, quereis recordar el antiguo coche de colleras, los gritos de los mayores, el aspecto de la pesada diligencia que seadelanta entre nubes de blanquísimo polvo, respi-

rando alegría puramente española en el tintineo de los cascabeles, las canciones del zagal, los relinchos de los caballos y los chasquidos de la tralla, si queréis pensar en la España floreciente y rica de otros días, en la España del Quijote, del Escorial, de Goya y de Pavía, si queréis olvidar por un momento el triste aspecto de este país empobrecido y espirante, del país del privilegio y de la circulación fiduciaria, del país de las enormes contribuciones y de agricultores famélicos, de la España anémica y desventurada del siglo XIX internar en el corazón de nuestra casi ignorada provincia, llegad á la casita blanca rodeada de elevados álamos y allí sentados en una de las sillas de pino del portal, soñad despiertos con los pasados tiempos, con la antigua grandeza... aún á trueque de que os despierte bruscamente para traeros á la triste realidad la cara de pocos amigos del recaudador de contribuciones que vá á llevarse la última moneda de nuestros bolsillos, ó el espediente del agente ejecutivo que os vá á vender despiadadamente el ámplio sillón de baqueta en el que espiró vuestra madre. †





El pobre Blas.



(SILUETAS DE MI TIERRA)

Al sonar las dos en el reloj de la torre, Blas se asomó á la puerta de su cotacha, con la cabeza baja, las manos en los bolsillos de los calzones y la dulzaina, su inseparable y única compañera, debajo del brazo, comenzó á subir la cuestecilla de puntia-gudos guijarros que separaba su casa de la plaza del pueblo.

Era día de fiesta, día en el que Blas trabajaba animando con los sonidos de su dulzaina á las parejas de bailarines, que maldito si se ocupaban de él más que para decirle después del toque de oraciones:—¡Anda Blasillo echa otra despedida!

Y después de todo, ¿para qué se iban á cuidar de

Blas sus buenos convecinos, si estaba reconocido como el idiota más grande de la laboriosa zona pinariega?

Y en esto era en lo que el pobre músico iba pensando cuando subía la cuestecilla de guijarros. Porque aquel día, un día hermosísimo de Mayo, Blas estaba más triste, era más idiota como hubieran dicho los de Villa los Pinos. No podía él explicarse con sus burdos razonamientos, lo que le sucedía en aquellos días tan hermosos. Porque en lugar de alegrarle el sol le entristecía y en vez de darle ganas de saltar y de reir, aquella atmósfera tibia y llena de las aromáticas emanaciones del pinar, á él se le formaban una cosa así como una pelota muy grande, muy grande en la garganta y sin querer se le saltaban las lágrimas. Nada; decididamente tenían razón los mozos del pueblo; era uno de los mayores idiotas de los pinares.

Y sin embargo el sabía sentir, vaya si sabía sentir. ¡Cuántas veces había maldecido el día de su venida al mundo, que había sido el mismo en el que dejó de vivir su madre! Su madre; ¡qué cosa más dulce debía ser eso de tener madre! Si él la hubiera conocido de seguro que no sería idiota.

En esto había llegado Blas á la plaza y cuando se

sentó en la enorme piedra que le servía de poltrona, allí vinieron á rodearle mozos y mozas, ellos en mangas de camisa, con el calzón de los domingos y las abarcas de cuero recién traído del mercado, y ellas con las innumerables sayas de chillones colores, con el blanco pañuelo cubriendo el pecho, y con la linda pantorrilla resguardada por gruesas medias azules.

Todos le esperaban con impaciencia; á Blás, al idiota, génio obligado de las fiestas de Villa los Pinos.

Pero lo que es él, maldita la gana que tenía de jolgorio. Se hubiera ido con gusto al pinar y allí en lo más espeso, se hubiera echado en el suelo y metiendo la cara en su grasienta montera de pellejo hubiera estado llorando mucho tiempo, mucho tiempo... hasta que hubiera desaparecido Villa los Pinos. Y sin embargo... sacó la dulzaina de su funda de baqueta, atornilló la boquilla y comenzó á preludear la jota.

¡Caramba y cuanto se acordaba el pobre Blás de su padre cada vez que cojía su dulzaina!

El se la había comprado para satisfacer los deseos de Blasillo, que entonces era un rapaz de 10 á 12 años. Además como él no tenía fuerza para ir al monte, en algo se había de ocupar para poderse ga-

nar la vida el día de mañana. Y Blás comenzó á tocar con tal cariño, que á su fama de *simple* sobrepujaba la de buen gaitero.

Blás estaba sentado de espaldas á la iglesia y al levantar la cabeza se encontró frente á frente del pinar que llegaba á confundir allá lejos, lejos, su verde matiz con el azul del cielo. Y otra vez la tristeza; nada, que el día no estaba para bromas.

Por que hay que advertir que Blas no podía mirar el monte frente á frente desde aquella tarde que nunca se había borrado de su memoria.

Había ido con su padre al trabajo. El con la dulzaina, para ir aprendiendo, y su padre el pobre tío Juan, con el hacha para hacer *tajones*. Se habían internado bastante entre los pinos para llegar al sitio donde trabajaba el tío Juan y allí estaban tranquilamente, Blas sentado en un tronco derribado y procurando producir las notas de la jota y el tío Juan con el cuerpo inclinado, el pié derecho sobre el pino que partía y el hacha en movimiento acompasado que acompañaba con ese ¡Ahm! característico del leñador. De pronto erró el golpe y el filo del hacha en lugar de herir la madera fué á sepultarse en la pierna del pobre hombre. El tío Juan lanzó un grito, Blas corrió hacia su padre pero no había manera de con-

tener la sangre que brotaba con horrorosa abundancia de la herida. Hera preciso llevar al pueblo al herido pero las fuerzas de Blás no alcanzaban á sostener el peso de su padre, y la sangre seguía saliendo con irritante violencia y el tiempo pasaba.

Por fin, Blás se decidió y bajó corriendo á todo correr al pueblo. Loco, desesperado fué de casa en casa hasta encontrar al médico que le acompañó con algunos vecinos pero cuando subieron era ya tarde. El pobre tío Juan había muerto. La hemorragia había sido espantosa. Se había ido de sangre, como decían en el pueblo.

Aquella tarde era la que le recordaba á Blás la vista del pinar vecino, en el que no volvió á entrar desde entonces. Por eso había vuelto la vista y la había fijado en el corro formado por los que bailaban. Tampoco aquello le alegraba. Allí los mozos que le despreciaban porque era débil y las mozas que se burlaban de él en sus narices. Y todos bailando, divirtiéndose, entre cánticos y carcajadas y él triste, muy triste y sirviendo para que los demás bailaran.

Las notas de la jota se fueron cambiando en otras de singular dulzura, de sin igual melancolía. Todo el poema del alma de Blás en los sonidos de su dulzaina.

Pero si él no se apercibió del cambio, notáronlo bien pronto los bailarines y los más próximos sacudieron á Blás diciendo.

¡Eh! Motril, ¿estás tocando á difuntos?

Salió el pobre mozo de su letargo y levantó la cabeza.

Dos lágrimas corrieron por sus mejillas.

Todo el mundo se echo á reir. ¡Vaya un *poca cosa*! Claro que debía ser idiota. ¿Pues no está llorando?

Y sin embargo. ¡Cuanta dulzura y cuanta tristeza había en aquella mirada de Blás.





AL AMOR DE LA LUMBRE



(TRADICIÓN)

A mi buen amigo D. Francisco de Paula Abad.

Yo era entonces un chiquillo; solía pasarme el día triscando por el campo, excepción hecha de los ratos que me hacía pasar el maestro delante de un cartón con sílabas impresas en caracteres muy gordos, y repartiendo con exactitud matemática, punterazo por equivocación.

Cuando, al anoecer, me retiraba á mi casa, un amigo querido me esperaba; este amigo era un viejecillo arrugadito y encogido, con una capa parda siempre echada sobre los hombros, un sombrero redondo calado encima de un pañuelo de muchos colores que le rodeaba la cabeza y un baston tosco entre las piernas; este viejecito estaba, aguardándome con

verdadero afán, sentado siempre en el mismo sillón, un sillón antiquísimo de baqueta que ocupaba el primer puesto de la cocina; punto en el que nos reuníamos toda la familia. Aquel viejecito, tan unido á mí por esa atracción extraña de las edades extremas, era ni más ni menos que el padre de mi padre, mi propio abuelo, que se pasaba las largas veladas de su vejez, recordando con su nieto, sus travesuras de chiquillo y sus heroicidades y galanteos de mozo.

Apenas nos reuníamos todos al rededor de la lumbre que ardía en el hogar, el viejo empezaba sus historias que yo escuchaba sin mover pié ni mano, ni interrumpir con la objeción más pequeña.

Una de esas historias, que tan grabada se quedó en mi cerebro que ha resistido sin borrarse de él, el paso de los años, es el fundamento, la base, la sustancia del presente artículo, aderezada á mi manera por que no es tan grande mi facultad retentiva que recuerde al pié de la letra las palabras que usó el viejecito al referirmela. En cuanto al argumento es tan cierto que no cabe más.

Decía así mi abuelo.

*
*
*

Entonces era yo joven; tendria veintidos ó veintitres años y estaba verdaderamente hecho un buen

mozo con vistoso uniforme. Pertenecía á la primera compañía de granaderos de los Francos de Soria y no había en todo el regimiento muchacho que luciera con más garbo los arreos militares. Cuando tocaban las cornetas á fuego y entrábamos en combate, no solía tampoco quedarme de los últimos como lo prueban las dos cruces que tengo guardadas como oro en paño en el arcón de mi cuarto; en aquella guerra fratricida, en la que luchábamos hermanos contra hermanos por si había de mandar Juan ó Pedro, se batía el cobre de lo lindo. ¡Como que por las venas de todos los combatientes corría sangre española, sangre de los heroes de cien combates!

Andábamos los francos á salto de mata, persiguiendo á aquél mal cura que había encendido en nuestros pinares la tea de la guerra civil, y en una de aquellas escursiones tocó á mi compañía quedar en Ontoria del Pinar.

¡Aun me acuerdo de los días que pasamos en aquél pueblo y aquellos bravos muchachos que compartieron conmigo las fatigas de la guerra!

Un día se presentaron á nuestra vista las avanzadas del enemigo.

El cura Merino había mandado contra nosotros á Juan de Leonardo, un hombrachón tremendo, con

las pocas entrañas del mundo, que desempeñaba el cargo de teniente de la partida.

Verdaderamente, la vista del enemigo y la noticia de que lo mandaba Leonardo, nos produjo una impresión gratísima. Teníamos ganas los Francos de Soria de vernos frente á frente del ogro del pinar que no perdonaba la vida al cristiano que caía entre sus uñas.

Pocos éramos en Ontoria pero allí estaba nuestro capitán, Castillo, para alentarnos con su valor y su ejemplo en los momentos decisivos. Sentíamos todos por Castillo respetuoso y entrañable cariño y no habría uno solo de nosotros capaz de desatender una orden suya. Si Castillo nos mandaba morir agarrados á nuestra bandera ya podía estar seguro Leonardo de que al llevarse la enseña cristiana, tendría que arrancarla de entre los crispados dedos del último soldado del destacamento.

El enemigo que teníamos á la vista era muy superior en número á nosotros pero confiaba Castillo en que de un momento á otro habíamos de recibir auxilios de importancia. Era necesario, por lo tanto, que nos hicieramos fuertes en las casas del lugar hasta que llegaran los refuerzos esperados.

Los carlistas debían de traer prisa, por que ape-

nas se presentaron á la vista del pueblo, rompieron un violento tiroteo al que nosotros no contestábamos al principio por no gastar las escasas municiones que había en nuestras cartucheras. Teníamos orden de nuestro jefe de no perder un cartucho y por eso no disparábamos más que á tiro hecho. En cuanto un carlista se ponía á tiro de nuestros fusiles, apuntábamos bien y hombre á tierra, es decir hombre al otro mundo.

Después el enemigo avanzó hacia nosotros, hubo que repeler sus agresiones, se generalizó la lucha..... No puedo referir esactamente lo que sucedió, solo recuerdo una atmósfera cargada de humo, un olor irresistible á pólvora quemada, gritos, lamentos, imprecaciones, sangre y nuestro jefe corriendo de unos á otros, animándonos con su voz, con sus miradas, con su ejemplo.

.....

Recuerdo que al día siguiente amanecemos en una habitación lóbrega y cuya atmósfera cargada de humedad apenas purificaba un rayo de sol que con dificultad se colaba por un pequeño boquete abierto en el techo. Estábamos encerrados en la bodega de la posada.

Entonces recordé la lucha que habíamos sosteni-

do la víspera. Una lucha titánica, desesperada, cuerpo á cuerpo y disputándonos el terreno palmo á palmo. Los facciosos atacaban con verdadera rabia y nosotros nos defendíamos como tigres acosados. Por fin venció el poder del número y los facciosos se apoderaron de los pocos que no perdimos la vida en la batalla.

Recorrí la habitación con los ojos y fui pasando revista á mis compañeros de infortunio. Trece eramos los prisioneros allí encerrados y en los semblantes de todos se veían impresas las huellas de la desesperación y la rabia por no haber muerto en la refriega y haber sobrevivido para atravesar un calvario de humillaciones y sufrimientos.

Castillo, nuestro valiente jefe había sido más dichoso que nosotros. Una bala le evitó la pena de verse en poder del enemigo.

Reconcentrados en nosotros mismos, taciturnos, sin despegar los labios, permanecimos durante algun tiempo; por fin la puerta se abrió con extrépito y, entre algunos de los suyos, apareció Leonardo.

—Ya os podeis preparar—nos dijo con voz ruda—vais á ser fusilados esta tarde, pero como no quiero mataros como á perros, os mandaré al cura del pueblo para que veais la mejor manera de no dar con vuestras almas en los infiernos.

Cuando salió Leonardo se interrumpió el silencio que antes reinaba en la bodega. La incertidumbre había cesado. Ya estábamos seguros acerca de lo que nos esperaba, pues no era el cabecilla de los que hacían en vano ciertos ofrecimientos.

Ante mis ojos pasó entonces la figura de mi madre, cariñosa, amante, prodigándome sus cuidados más tiernos, con la solicitud que solo esos seres tienen para sus hijos. Pensé en mi pobre padre, en el disgusto horrible que iba á producirle mi muerte; quizá fuera aquel el golpe que diera al traste con su naturaleza de roble. Mis camaradas de la infancia, mis juegos de muchacho, mis calaveradas de hombre, todo pasó por mi cerebro como las vistas de un cosmorama.

Todo iba á acabar bien pronto; adios mis ilusiones, mis alegrías soñadas, mis entrevistas dichas; todo se iba á convertir en el humo de unos cuantos cartuchos de fusil, á la voz de fuego de uno de aquellos bárbaros faltos de corazón.

La idea de que iba á morir y á morir enseguida me traspasaba el alma pero no se traslucían mis impresiones en mi rostro que permanecía sereno y tranquilo, como si bajo el capote ahujereado no latiera algo más de prisa que de costumbre, mi corazón.

Las horas de angustia de la capilla, no se pueden comparar con nada. Se siente una cosa así, como si un puñal frío y envenenado se fuera clavando línea á línea en el corazón.

Los auxilios que nos habían prometido llegaron pronto; un pobre sacerdote entró en la prisión más muerto que vivo, y nos exhortó, con voz dulce y lágrimas en los ojos.

El espectáculo era conmovedor; uno confesaba sus culpas en un rincón del encierro y los demás, agrupados en el rincón opuesto, hacíamos en silencio exámen de conciencia; no se oía mas que de vez en cuando la voz del sacerdote que murmuraba la absolución y el chasquido de un beso que imprimía cada penitente en la mano del confesor.

Cuando acabé de confesarme me sentí algo más conmovido; las palabras de consuelo del confesor, las consideraciones que me hizo acerca de esta vida, fueron una especie de sedante para la tensión nerviosa que me sostenía. Sin embargo, en aquellos momentos me debía á mi uniforme y á la consideración de que debía morir como soldado, volvió á infundirme ánimos y á levantar mi espíritu un tanto decaído.

Después el confesor siguió dirigiéndonos palabras de consuelo que nosotros interrumpíamos con en-

cargos para nuestras familias. Todos éramos jóvenes, á ninguno le faltaban seres queridos á los que dejar un recuerdo humedecido con sangre y lágrimas. Yó puedo asegurar que no se apartaban de mi imaginación las venerables figuras de mis padres.

* * *

El tiempo, en tanto, transcurría como si tal cosa y la hora fatal se aproximaba. Algunos minutos más y de aquel grupo de hombres llenos de vida y de salud, no quedaría más que un montón de miembros mutilados.

Volvió á abrirse la puerta de la prisión. La hora fatal había llegado.

* * *

Antes de seguir á nuestros verdugos nos estiramos los capotes, sacudimos el polvo de nuestros pantalones, colocamos los chacós marcialmente sobre nuestras cabezas con la coquetería del soldado que va á morir.

Se hallaba, entre nosotros, un joven alférez, tan valiente como decididor. En los días de marcha y de guarnición él era el que alegraba á los demás oficiales con sus alegres dichos y sus felices ocurrencias. Se puso á nuestra cabeza, como si fuéramos á una formación, y nos dijo con voz serena:

—Muchachos, no os olvideis de que sois soldados de la Reina y de que teneis que morir como valientes. Al fin y al cabo todavía han estado amables los facciosos porque nosotros debíamos haber muerto ayer, así es que nos han animado veinticuatro horas de vida para poner en orden nuestros negocios.

Pocos momentos después nos hallábamos en las afueras del pueblo que, á costa de tantas vidas, quisimos defender. Los facciosos habían formado el cuadro junto á las bardas y allí era donde nosotros debíamos exhalar el último suspiro.

Francamente, al ver la muerte tan de cerca, no me impresionó hasta el punto que yo creía. Quizá el uniforme que vestía, los rostros serenos de mis compañeros de infortunio, las palabras de mi alférez y los consuelos del confesor, eran la causa de la tranquilidad con que veía aproximarse mi última hora.

Por fin las víctimas ocuparon su puesto; estábamos junto á las bardas en las que se apoyaba el cuadro de los facciosos. No consentimos que nos vendaran los ojos; éramos soldados y debíamos mirar sin pestañear, á la muerte, cara á cara.

Estaba yó colocado entre el sargento Luis, un hombre curtido por el humo de la pólvora, y el joven oficial.

Pocos segundos antes de que dieran la voz de fuego, irguióse éste y con la cabeza levantada, la mirada serena, y la voz vibrante nos gritó:

—Soldados ¡viva la libertad!

Nuestros vivas fueron ahogados por el ruido de una descarga, subió en la atmósfera una columna de humo y rodamos los prisioneros por el suelo. Después... después se interrumpen mis recuerdos como si, sobre mis ojos y sobre mi cerebro hubiera caído un denso velo negro.

* * *

Sentí una impresión desagradable, un mal estar grandísimo, un peso enorme que me oprimía el pecho. Después traté de abrir los ojos. Estaba tendido en tierra y tenía sobre mí el cuerpo de un hombre. Me pasé la mano por la frente y la retiré humedecida. ¿Sería aquello sangre? ¿Estaría herido? La oscuridad de la noche no me permitía distinguirlo.

Grandes esfuerzos necesité para desasirme de aquel cuerpo que me sujetaba con manos de cadáver. Temblaba como un azogado, con mucho más miedo que cuando oí la voz del jefe carlista mandando hacer fuego sobre nosotros, me incorporé y medio á gatas fui separándome de aquél lugar de muer-

te. Más de una vez tropecé con el cuerpo rígido de alguno de mis compañeros, más de una vez retiré rápidamente la mano posada sobre un charco de sangre.

Cuando me hube alejado algunos metros me detuve á descansar; mi respiración era anhelosa y un sudor frío y estremecimientos nerviosos corrían por todo mi cuerpo, sentía el mal estar que produce la fiebre y deseos irresistibles de huir.

El día comenzaba á alborear y comprendiendo lo peligroso de mi situación, reuní todas mis fuerzas y eché á correr desesperadamente, á campo traviesa.

**

Ya era bien entrado el día cuando me detuve agotadas mis fuerzas á la puerta de un molino.

Sorprendiéronse los molineros al verme con el uniforme desgarrado, cubierto de sangre y huyendo á todo correr, pero caritativos y honrados, ofrecieronme cama donde descansar y albergue donde ocultarme.

Afortunadamente no estaba herido; la sangre que inundaba mi rostro, procedía de las venas de mis camaradas. Yo debí desmayarme al oír la descarga y como formábamos allí apiñado montón, los

otros me resguardaron de las balas con sus cuerpos y con la sangre que de ellos saltó á mi cara, me hizo pasar á los ojos de los facciosos por uno de tantos muertos. Si vivos me salvaron con sus cuerpos, muertos me salvaron con su sangre.

¡Ah! El recuerdo de aquellos valientes no desaparecerá nunca de mi alma. (1)

* * *

Algun tiempo después, repuesto de la enfermedad que me produjo mi *fusilamiento*, entraba en Soria vestido de molinero.

La alegría de mis padres al volver á estrechar sobre su corazón al hijo que lloraron muerto; fué indescriptible. Yó volví, á pesar de todo, á ingresar en los francos y terminada la guerra, cuando Maroto y Espartero se abrazaban en los campos de Vergara, yó estrechaba en mis brazos, en el pórtico de la

(1) Este episodio es histórico, pero aunque yo lo coloco en Ontoria ocurrió en Bañón (Teruel) á un individuo de los Francos de Soria á cuya familia me honro en conocer. Mandaba las huestes carlistas el cabecilla Forcadell, que ordenó con la mayor fiereza, pasar por las armas á 31 oficiales jóvenes todos de familias distinguidas de Soria.

iglesia de este pueblo, á tu abuela después que nos echaran las bendiciones.

Por esta serie de sucesos se puede asegurar que yo he nacido dos veces. Gracias á que los facciosos me creyeron muerto has venido tú al mundo y he podido apreciar lo mucho que se quiere á un nietecillo de rubias y rizadas guedejas.



Historias tristes.



LA PROFESIÓN

A la puerta de la iglesia se agrupaban una porción de mujeres, envuelta la cabeza en sus mantillas de paño adornadas con una franja de terciopelo, bajo la que chispeaban unos ojos brillantes de curiosidad.

Dominando las notas del órgano se oían los murmullos de las rezagadas de la puerta que se codeaban, se empujaban, se estrujaban para poder entrar en la iglesia y á fuerza de empellones llegar hasta las rejas del coro bajo, para no perder ni un detalle de la fiesta religiosa.

Dentro de la iglesia, y á través de una atmósfera cargada de incienso y de humo de las luces que adornaban profusamente el altar mayor, una multitud no menos curiosa que la de la puerta que sin parar mientes en los dulces y melancólicos cantos ni en los rezos

de las religiosas ni en las palabras de los sacerdotes, clavaba su mirada de cien ojos en una figura blanca, que como un ideal fantasma, se destacaba entre las oscuras figuras del coro.

La novicia, una pobre niña de tez tan blanca como las tocas que la cubría, con unos ojos negros y llenos de un fuego febril, iba á sacrificar á Dios los placeres de un mundo que apenas entrevisto, había llenado su alma de amargura.

El año de noviciado terminaba, el momento de pronunciar los votos solemnes que la habían de unir para siempre á aquellas figuras angulosas sepultadas bajo sus negras tocas, que les daban un aspecto entre pavorosa y fantástico, se iba aproximando; unos minutos más y las puertas de la clausura se cerrarían tras una mujer para no dejar salir más que á un cadáver.

Y en medio de la alegría que respiraba el templo, cubierto de hojas aromáticas el suelo, vestidas de rojo damasco las paredes, embalsamada la atmósfera por el humo del incienso que despedían los incensarios movidos sin cesar por los monaguillos, en medio de todos aquellos salmos que cantaban la unión de la humilde sierva con el divino dueño, ella sentía correr un estremecimiento por sus venas, no de placer se-

ráfico, de éstasis de amor hacia su divino prometido sino de pena inmensísima, de malestar profundo, pareciale que una hoja aguda, fría, emponzoñada se iba clavando línea á línea en su corazón de vírgen pundorosa, pareciale más aun, se imaginaba que su secreto, aquel secreto que había sabido guardar en lo más escondido de su alma durante años enteros de martirio, que aquel secreto que ella, en lucha continua con su flaqueza se empeñaba en olvidar, iba á salir de sus labios en un grito formidable, desgarrador, grito que dominase los trompeteos del órgano y las notas graves de los sochantres y las gangosas y chillonas de las religiosas.

¡Pobre Luisa! Trataba de concentrar su mirada en el presbiterio, de embeberse en la contemplación del tabernáculo orlado de luces, y sus ojos desobedeciendo á su voluntad volvían á clavarse en aquella columna en la que él se apoyaba.

* *

Al divisar su figura entre la multitud, sintió una pena que la ahogaba, vinieron á su memoria dulces recuerdos de su niñez, alegres impresiones de su juventud; se presentó ante sus ojos la idea de su hogar tranquilo, perfumado por el aroma del cariño, destacándose en él la figura venerable de su padre; aquel

anciano grave y melancólico de lengua barba blanca, y la de su madre que tanto había llorado el día de su salida para el convento.

¡Qué feliz vivía ella en aquella casa!

¡Qué días más hermosos los que pasó corriendo con su hermana su compañera su amiga del alma por las frondosas alamedas del jardín!

¡Su hermana! un dolor más agudo sintió la pobre novicia al traer á su memoria la figura de aquella muchacha alegre y revoltosa de negros cabellos y de ojos vivarachos y rasgados.

Su hermana era la alegría de la casa; todo lo que Luisa era callada y melancólica era María revoltosa, jugetona y enredadora.

Cuando niña, la linda monilla era la desesperación del jardinero y del hortelano, no dejaba una flor en el jardín ni una fruta de la huerta. Ya mujer atronaba la casa con sus canciones, ó causaba la desesperación de los vecinos ejecutando al piano vales vertiginosos.

Aquella diferencia de caracteres entre las dos hermanas no las hacía, ni con mucho incompatibles, al contrario más bien parecía que ambas se completaban.

La viveza y la alegría de María daba vida y ani-

mación á la dulce mirada de Luisa, de un azul tan límpido como un cielo sereno y la gravedad dulce de esta servía así como de freno á las inocentes y locas travesuras de aquella.

Todo respiraba alegría y paz en aquel hogar tranquilo. El recuerdo de aquellos primeros años de su vida era para Luisa tan dulce, que en él se recreaba cuando aquellas amarguras que después desgarraron su corazón se empeñaban en mortificarla.

*
* *

Un día se presentó una nueva figura en el cuadro. Un muchacho de veintiseis años, de rizada barba y tez morena; alto esbelto, con unos ojos negros y de mirar dulcísimo, con la tez del rostro un tanto morena para hacer resaltar, sin duda, dos hileras de blanquísimos dientes, parecía que Ramón había dejado por cortos momentos de vestir el jaique, para enfundarse en los desairados trajes europeos.

Ramón era hijo de un íntimo amigo del padre de Luisa de un compañero de la infancia y reanudando antiguos caños, iba á visitar á sus amigos, que no le habían visto hacía mucho tiempo y que con dificultad hubieran reconocido en el hermoso muchacho, al rapaz revoltoso de otros días.

La presencia del huésped causó bien distintas impresiones en las dos hermanas; tornose Luisa más alegre y María, en cambio, olvidó un tanto sus inocentes locuras de antes.

Ramón era obsequioso con ambas, á las dos se dirigía y rara vez establecía entre una y otra diferencias; no se imaginaba los daños que en un corazón inocente pudiera causar aquella conducta.

*
* *

Un día, día que nunca se borró de la memoria de Luisa, Ramón se presentó acompañado de su padre, que iba á pedir para aquel la mano de María.

¡Ah! los dos se amaban hacía mucho tiempo y la pobre Luisa que registraba hasta los más escondidos pliegues del corazón de su hermana, que conocía todos sus secretos, que le aconsejaba en los trances apurados, ignoraba por completo sus amores.

Luisa sin saber porque, sintió una pena inmensa que la ahogaba, un dolor agudísimo que le traspasaba el corazón al enterarse del secreto que tan guardado habían tenido su hermana y su amigo.

Aquella noche se dió cuenta de todo perfectamente, cuando, entre sollozos desgarradores murmuraba. ¡Desgraciada, desgraciada de mi que le quiero con toda mi alma!

Luisa, apesar de todo, supo guardar su secreto, ni una mirada profanó el templo que á su amor había levantado en su alma la pobre niña; ni una lágrima ni un gesto asomó nunca á su rostro delatando lo que por su interior pasaba.

El tiempo avanzaba y el día fijado para la boda de María se iba aproximando; poco antes de que llegase, Luisa manifestó á sus padres su decisión irrevocable de entrar en un convento.

* * *

La determinación de Luisa no admiró á nadie; ella tampoco amiga de bailes ni teatros, tan dedicada á rezos y actos piadosos, era lo natural que tratase de buscar una vida tranquila donde dar rienda suelta á sus aficiones.

Solo una persona dudó de la verdadera vocación de Luisa; su madre que no comprendía que su hija la dejase sin un motivo justificado, sin algún pesar inmenso, pues no por retirarse á una vida contemplativa, de santas é ideales adoraciones, iba á resistir impasible las abundantes lágrimas de aquella madre que tanto, tantísimo la quería.

La ternura delicadísima de la madre fué la única que empezó á leer en el corazón de la pobre niña.

* * *

Y Luisa seguía con la vista fija en el hombre que se apoyaba en la columna, en tanto avanzaba la ceremonia.

Llegó el momento supremo, el de pronunciar el voto de castidad que la había de separar para siempre del que amaba.

Luisa se dejó caer en el suelo y su blanquísima frente, ardorosa por la calentura, se apoyó en las losas del pavimento mientras los sacerdotes entonaban el *veni creator*.

Una vez terminado el cántico sagrado terminada, la ceremonia, las religiosas esperaban el abrazo de la profesa, pero Luisa permanecía inmóvil con la frente pegada al suelo, en un especie de éstasis de adoración.

Acercóse por fin la más atrevida de las monjas, cojiola entre sus brazos y la levantó del suelo.

La cabeza de la pobre niña cayó sobre su pecho como flor tronchada por el viento. El sacrificio había sido mayor que sus fuerzas. Luisa había muerto y Sor María de la Natividad no había empezado á vivir.



El libro de los

VERSOS.



El niño viudo.



(CUENTO)

I

Desde las pobres casas de la aldea
Albergue de modestos campesinos,
La vista se recrea
En el verdor perenne de los pinos.
Y del pinar frondoso la espesura
En sus aguas retrata
Un río de corriente fresca y pura,
Como un espejo de bruñida plata.

Es el lugar aquel pobre y honrado,
Modesto y escondido

Y vive ni envidioso ni envidiado,
Ni apenas conocido,
Con sus chozas, su iglesia de juguete
Su torre que corona una veleta,
Y, abierto entré las casas, un boquete
Al que han dado en llamar la Plazoleta;
Plazoleta que sirve de palacio
En sus juegos sencillos
A una alegre bandada de chiquillos
Que llena con sus risas el espacio,
Pues bien, entre esta turba de la aldea
Vas, lector, á trabar conocimiento
Con los protagonistas de mi cuento,
Con Perico y Andrea.

II

Andrea es un prodigio de belleza,
De esas bellezas dulces y tranquilas,
Es rubia como el oro su cabeza,
Negras como la noche sus pupilas,
Su cutis, amasado con esencia
De rosas y jazmines
Y suelè sonreir con la inocencia
Conque rien á Dios, los serafines.

Perico es guapo, pero más es bueno,

Formalote, callado,
Un espíritu de hombre, cobijado
En el cuerpo de un niño muy moreno.

Es Perico de Andrea el camarada
Suelen andar los niños siempre unidos
Que es su dicha preciada
Poder juntos *jugar á los maridos*.

Y cuando bulliciosa se encarama,
La turba de chiquillos
Saltando, sin temor, de rama en rama
A cojer en los nidos pajarillos,
Hace gracia, cogidos de bracero,

Ver á Andrea y Perico
El con un cucurucho por sombrero,
Ella, con un cartón por abanico
Viven así contentos los dos niños
Con su afecto sencillo y candoroso,
Sin tener más testigos sus cariños
Que el sol, que brilla ardiente y magestuoso.

III

Ha vuelto del invierno el soplo helado

La veleta á mover del campanario,
 Los árboles del soto, se han quedado
 Cual largos esqueletos sin sudario
 La turba de chiquillos, ya no canta
 Cual bandada de alegres ruisseños,
 Y el sol lanza sus pálidos fulgores
 Cuando entre nubes grises se levanta.

.....

¡Pobre Andrea! Sujeta está en el lecho
 Descompuesto el bellissimo semblante
 Y una tós anhelosa y sofocante
 Sacude sin piedad, su casto pecho.

Sin alas está el angel de inocencia
 Y el médico asegura
 El fondo revolviendo de su ciencia,
 Que de la niña el mal, no tiene cura.

Y aún sonrío, y aún de vez en cuando
 Su voz encantadora oír se deja,
 A una luz, asemeja
 Que se vá por instantes, apagando.

—
 Oculto en un rincón, sombrío, triste
 Perico, con la faz desecajada,

Vé morir á su amiga idolatrada
Y ante la misma muerte, se resiste.

.....
.....
Murió la niña, con serena calma
Tendió hacia Dios sus alas;
Sin batallar, abandonó su alma
Las deleznable, terrenales galas.

.....
.....
¿Y Pedro? El pobrecillo no tenía
Quien sus sencillos juegos compartiera
Que su dicha, su amor y su alegría,
Encerraba una caja de madera
Que en un rincón del Cementerio había.

—
Una noche soñó, que desde el cielo,
Con los brazos tendidos, le llamaba
Una dulce visión, que asemejaba
A su amiga, su dicha y su consuelo
Y al dulce llamamiento respondiendo,
Y soñando la dicha codiciada
De vivir con su ama la,

Se murió el pobre niño sonriendo.

IV

¿Que murió de dolor? ¡Vana demencia!
Pues pasó así, lector aunque te asombres
Los niños con su cándida inocencia
Son más hombres á veces que los hombres
Y yo de mis recuerdos trazo el velo
Soñé ver, entre nubes confundidos
Dos ángeles que entraban en el cielo
Jugando á los maridos.





Cosas de mi tierra.

¡Á LA SACA!

Alegre ha amanecido el día de la Saca
Atada en una reja, pifando está mi jaca
El sol al levantarse tras nubes de carmín,
Ya lleva el aparejo de borlas verde y grana,
Con su moruno deajo, parece una Sultana
De Oriente, voluptuoso, espléndido cojín.

Ven tú, mi Numantina la de rasgados ojos,
La de los frescos labios como corales rojos,

La del esbelto talle, la del pequeño pié,
Con tu redondo brazo ciñendo mi cintura
Luce sobre mi jaca gallarda tu figura,
Que alegre y satisfcho feliz te llevaré.

Del sol de la mañana, bajo los rayos de oro
Corramos por la Dehesa buscando nuestro toro,
Que luego hasta la plaza debemos acosar;
En la veloz carrera, parece que ya siento
Que orea mis mejillas tu perfumado aliento
Y que palabras dulces te escucho murmurar.

Corramos tras la fiera y luego fatigados
Sobre la verde alfombra de cespced, reclinados
Como la nieve blanco, tendamos el mantel,
De la repleta alforja saquemos la merienda
Y allá en el mismo vaso, de nuestro amor en prenda
Libremos el topacio del dulce moscatel.

Y entre el estruendo alegre de lenguas desatadas
De voces de pastores, de alegres carcajadas
Sigamos á los toros, en raudo galopar;
Verás tú que orgulloso; llevándote á mi lado,
Por la Ciudad me meto y al paso en el Collado,
Verás tu gentileza por todos admirar.

.....
.....

¡Gratísimo recuerdo del tiempo transcurrido!
Hoy viejo casi jóven en mi rincón metido
Prefiero aquel bullicio, mi plácida quietud;
Mas al volver las gentes, alegres de la Saca,
Recuerdo mi morena, mis brios y mi jaca
Y siento que renace la alegre juventud.





INSPIRACIÓN

Versos me pides, si cantar supiera
Todos los sentimientos de mi alma,
Si en estrofas salidas de mi pecho
Dijera de mi vida las batallas;
Dignos fueran de tí mis pobres versos,
Niña mía, que en ellos encontraras
Tiernas endechas, dulces armonías,
Trinos de ruiseñor en la enramada.

Murmullos de la brisa, sol de Mayo.
Mezcla de carcajadas y de lágrimas,
Perfume de violetas y jazmines,
Dulces notas de un arpa....

Pero ¡pobre de mí! Mudo está el estro,
La lira en un rincón abandonada;

Esfuerzos vanos.... ilusión mentida. ..

Para cantarte inspiración me falta.

.....

- Si como dijo Becquer, poesía

De la mujer emana

Cuando el cariño á la mujer nos une

De flores con dulcísima guirnalda,

Para cantar yó necesito niña

Que fijas en la mía tu mirada

Y al confundirse, del cariño al choque,

Solo en una alma, las que son dos almas

El trovador saldrá de su mutismo,

Tendrá la inspiración que le hace falta.





Á Soria.

De luz y de colores, de ardiente poesía
Torrentes de mi lira, quisiera ver brotar
Y así, pueblo soriano, tu gloria y tu hidalguía
Y tus ilustres hechos, me atreviera á cantar.

Que aun cuando triste y sola hoy vives olvidada
Le prestan á la mente brillante inspiración
de la Ciudad celtíbera, la epopeya sagra ta
El nombre de *Numancia*, de España galardón.

Potente cantaría, el númen del poeta
Tus luchas giganteas que te hacen inmortal.
La casa del templario, la gruta del asceta
Y los vetustos muros del caudillo feudal.

Lus ruinas, que cobijan fantasmas del pasado;
Tus campos, donde se oyen gemidos de Almanzor,
Rumores de otro siglo, que el nuestro no ha borrado
Con el agudo y próspero silbido del vapor.

Tus antiguos linajes más nobles que cien reyes
Tus montañas que besan las plantas del Señor
Tus ilustres caudillos, tus santos y tus leyes
Y tu glorioso nombre y tu antiguo esplendor.

Mas nó tierra querida, noble y honrada Soria
Solar do se amalgaman olvidos y virtud,
Para cantar los timbres de tu preclara historia
Son ásperos los sones que tiene mi laud.





REALIDAD

(POEMILLA.)

*Poderoso Caballero
es Don dinero.*

QUEVENO.

Perico y Blasa con amor sin tasa,
fé eterna se juraron
una tarde de Mayo que se hallaron
junto á las bardas del corral de Blasa.

.....
Y como era Perico tan buen mozo
y como no era Blasa nada fea,
mirar á los muchachos daba gozo
cuando entre carcajadas y alborozo
juntos iban al baile de la aldea.

Así creciendo fueron sus amores

Con el ardor de la pasión primera,
entre cantos de oscuros ruseñores,
suaves aromas de pintadas flores
y tibia luz de hermosa primavera.

Mas; ¡sino desdichado!
tocó á Pedro la suerte de soldado
y abandonó por el cuartel su casa,
con el pecho de pena traspasado
y todo su cariño puesto en Blasa.

II.

Era don Juan Fernández el *indiano*
hombre que cuando chico,
atrevióse á pasar el Océano,
y trabajando mucho se hizo rico
en el hermoso suelo americano.

Mas la nostalgia del país, do viera
la luz por vez primera,
fué creciendo á la vez que su dinero,
y al pueblo aquel del que rapaz saliera
se volvió convertido en caballero.

Allí don Juan vivía
gozando de la dicha suspirada
y feliz y contento no sentía
esa pasión que es pena y alegría

del pecho donde se halla cobijada.

.....

Yó no sé como fué, pero es lo cierto
que vió un día en su huerto
los picarescos ojos de Blasilla
y, si de amor se muere, quedó muerto
el bueno de don Juan por la chiquilla.

III.

Pasó el tiempo y de gozo palpitado
Pedro volvió á su casa,
y el pobre licenciado iba pensando
que en el pueblo le estaban esperando
los amorosos brazos de su Blasa;
y al pensar en su amada
contento con la idea del regreso,
sentía que la brisa perfumada
le llevaba en sus ondas algún beso
de aquella boca fresca y sonrosada,

Pero vana ilusión, dicha mentida
que pasó como nube de verano
ya disipada cuando no nacida;
Pedro encontró á su linda prometida
convertida en esposa del indiano.

.....

IV.

Hoy Pedro, está curado,
 Se casó y es feliz, tiene dos chicos
 á cual más rubio, á cual más sonrosado,
 De aquél antiguo amor, no le ha quedado
 ni el ódio hacia los ricos.

.....
 ¿Y Blasa? —Blasa es toda una señora,
 lleva en el pueblo un lujo estrepitoso;
 y sin embargo llora.....
 No es feliz la chicuela encantadora
 unida al vejstorio de su esposo

Y asegura la gente
 que cuando se tropiezan Pedro y Blasa;
 ella hacia el suelo baja tristemente
 la nacarada frente,
 y él se aleja cantando hacia su casa.

V.

¿Que en este siglo de la vil peseta
 es pura fantasía de poeta,
 lo que te he referido?
 La opinión será buena y muy discreta
 pero lector, mi cuento, ha sucedido.





Mis cantares. ⁽¹⁾

*Papeles son papeles
Cartas son cartas
Palabras de mujeres
Todas son falsas.
(Cantar popular.)*

I.

El retablo de la Virgen
Me mandaron que adornara
Y llevé un montón de flores
Debajo de tu ventana.

II.

Es el amor que te tengo
Como las hojas del pino,
Ni le hielan los desdenes
Ni le agostan los olvidos.

IV.

Lo que yo te habré querido
Y el daño que me habrás hecho
Que he besado tu retrato
Antes de tirarlo al fuego.

(1) Premiada en el certámen literario celebrado en 1895 en esta Capital.

V.

No me quieres dar un beso.
Dices que te da vergüenza;
¡Si serás tonta chiquilla
Cuando eso ni señal deja!

VI.

Tuya ó de nadie, dijiste
Aquella tarde en el soto,
Tuya ó de nadie, morena
¡Y te has casado con otro?

VII.

A mi madre abandoné
Por correr ciego á tu lado,
Mi madre murió de pena
Y tu ya me has olvidado.

VIII.

Has servido de modelo
Para pintar una Santa,
Si el alma copiar supieran
¡Qué herejía resultaba!

IX.

En la ermita de la Virgen
Te he estado en balde esperando
¡Cómo á mi no has de faltarme
Si á la Virgen le has faltado!

X.

Si pecas jurando en falso

No me jures que me quieres
¿Para que has de condenarte
Cuando yo no he de creerte?

XI.

Ayer te vi arrodillada
A los pies de un confesor
¡Cuántas cosas le ocultaste
Que te echó la absolución!

XII.

Es tu amor como una rosa,
Morena del alma mía,
Que se marchitan las hojas
Pero quedan las espinas.

XIII.

Tienes los labios de grana
Tienes los dientes de perlas...
Y tienes unas palabras
Que el demonio que las crea.

XIV.

Si al morirme me econdenan
Y me mandan al infierno
Como allí no te recuerde
Me vá á parecer el cielo.

XV.

Ayer te he visto en la iglesia
Arrodillada rezando

¡Si creerás que á Dios engañas
Como á mi me has engañado!

XVI.

Nunca he podido explicarme
Lo que os pasa á las mujeres
Que adorais al que os desprecia
Y despreciais al que os quiere.

XVII.

Llevo en mi pecho tu nombre
Guardado en un rinconcito;
Como sé lo que me has hecho
Me dá vergüenza decirlo.

XIII.


Han sido tus juramentos
Y tus mentidas palabras,
Cuna de mis ilusiones,
Muerte de mis esperanzas.

XIX.

Mal te has portado conmigo
Pero te he querido tanto,
Que todo el mal que me has hecho
Te lo tengo perdonado.

XX.

Para que suceda todo
Al revés en esta tierra
Unos lloran de alegría
Y yo canto de tristeza.



Recuerdos.

*Tantas esperanzas muertas
Y tantos recuerdos vivos.*

(Niñez de Arce.)

¡Gratos recuerdos de la edad pasada!
De mi niñez reflejo,
Que á mis labios traéis el dulce d'ajo
De un beso de mi madre idolatrada.
Acudid, acudid á mi memoria
Por un conjuro mágico evocados,
Que llegais impregnados

De auras de juventud, sueños de gloria.
.....
.....

El pueblo aquel modesto y silencioso,
Mi casita querida,
La ermita de la Virgen escondida
En el pinar frondoso,
Del huertecillo las pintadas flores...
Todo mi pecho inunda de alegría,
Y todo trae á la memoria mía
El recuerdo feliz de mis amores.
De mis amores no, mi amor primero
En la niñez nacido,
Que de mi pecho no ha arrancado el fiero
Y arrasador torrente del olvido;
Vive en mi corazón, surge en la mente
Su recuerdo dichoso,
Escondido, callado, ruboroso
Como púdico amor de adolescente.

II.

Del tiempo transcurrido tras el velo
Se me ofrece su imagen adorada;
Sus negros ojos, su dorado pelo,
Su castísima frente nacarada.

Ella que disfrutó con embeleso
De mis juegos sencillos,
Que terminaba siempre con un beso
Nuestras graves cuestiones de chiquillos,
Mi dulce y adorada compañera,
La amiga de mi infancia,
Que prestaba á mi vida la fragancia
De hermosa flor, en tibia primavera.
Siempre alegre, conmigo discurría,
Por el pinar frondoso,
Mis infantiles juegos compartía,
Y era feliz al verme á mi dichoso.
Así fuimos creciendo
Por estrecho cariño siempre unidos,
Y por virtud del tiempo fuimos viendo
En amor, nuestros juegos convertidos.

III.

Era una de esas tardes perfumadas
Por las flores que esmaltan la pradera
Abriendo sus corolas delicadas
A los rayos de un sol de primavera.
Saltaba juguetón el arroyuelo
Que en la estrecha cañada se perdía
Y ni una blanca nube se veía

En el azul purísimo del cielo
 Sentada junto á mí, feliz, dichosa,
 La encantadora niña me miraba
 Con la dulce sonrisa, que vagaba
 Por sus labios de rosa.
 Yo triste, conmovido,
 Atraje á mi la niña idolatrada
 Y ¡Me marchó! en su oído
 Balbuceé con voz entrecortada:
 —¿Marcharte? ¡No por Dios! ¡Que atroz sería!
 Angustiada me dijo,
 Separarte de mí, no, no, de fijo?
 Sí te marchases tu, me moriría
 —Es preciso: la pícara fortuna
 Lo dispuso al negarme sus favores:
 Necesito lograr con mil sudores
 El bienestar que no encontré en la cuna.
 Ella no contestó, triste, callada,
 Hacia el suelo inclinó su faz hermosa....
 Parecía una rosa
 Por el helado cierzo derribada.

 Al pueblo nos volvimos silenciosos
 Con los ojos de lágrimas preñados,

Sin contemplar los árboles frondosos,
Los verdes bosques, los floridos prados.

Al llegar á mi casa

—Adios, le dije; adiós y que me esperes:
Entre el amor de todas las mujeres
Te juro que es el tuyo el que me abrasa.

Ella no dijo nada,

Mas se arrojó á mi cuello delirante
Me dió un beso anheloso y sofocante
Y se perdió en la obscura portalada.

IV.

Llegó al cabo la fecha del regreso;
A mi casita blanca me acercaba.
En mis amantes labios palpitaba
El perfume adorable de aquel beso
E inundado mi pecho de alegría
Al recordaz su rostro enamorado,
Latía el corazón regocijado
Cuando al cerrar los ojos, la veía.

.....
.....

Llegué por fin, mas triste desconsuelo
Al llegar me aguardaba;
El angel que en mis sueños adoraba
Reclamado por Dios, tornose al cielo.

V.

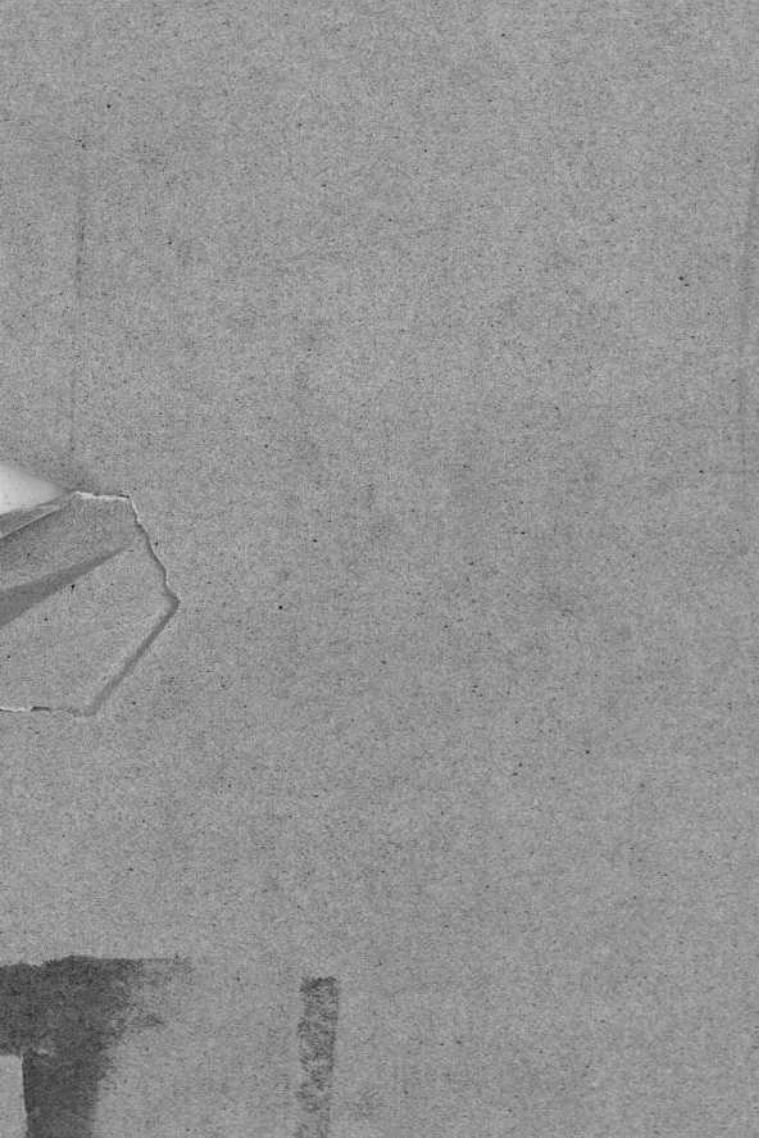
El tiempo transcurrió: quiso el destino
Separarme después de aquellos lares;
Cruce la tierra, atravesé los mares:
Mas siempre acompañome en mi camino
El recuerdo dichoso
De mi casa querida,
De la ermita escondida
En la espesura del pinar frondoso,
La pintada campiña,
El aura tibia que al amor provoca
Y que deja en mi boca
El beso ardiente de la casta niña.





To Mary, in the year 1962, I called
 you in the evening, I remember
 that the telephone was in the
 living room, I remember that I
 was sitting on the sofa, I remember
 that you were sitting next to me,
 that we were talking for hours,
 that I was very happy, that I
 was very lucky, that I was
 very fortunate, that I was
 very blessed, that I was very
 very, very, very, very, very,







at GR 86 SS